BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

II

OBRAS DE SALVADOR RUEDA

POESÍA

POEMA NACIONAL. Romances de costumbres...	2,50	ptas.
SINFONÍA. Poema..............................	1	»
ESTRELLAS ERRANTES. Coplas y sonetos.....	1	»

PROSA

EL PATIO ANDALUZ. Cuadros de costumbres...	2	»
EL CIELO ALEGRE. Ídem idem................	3	»
BAJO LA PARRA. Ídem idem..................	3	»
EL GUSANO DE LUZ. Novela andaluza........	3	»
GRANADA Y SEVILLA. Bajo-relieves á la pluma.	1	»

EN PREPARACIÓN

LA REJA. Novela.



BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

GRANADA Y SEVILLA

BAJO-RELIEVES

SALVADOR RUEDA

OMNIA VINCIT LABOR IMPROBUS

MADRID
FUENTES Y CAPDEVILLE
M DCCC XC

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13 — Teléfono 651

GRANADA

Á mi querido amigo el eminente político y escritor, ex Ministro de Fomento y Presidente del Tribunal de Cuentas, D. Carlos Navarro y Rodrigo, en recuerdo de un viaje inolvidable.

El libro que le ofrezco es una excepción entre los míos, un capricho, con el cual sólo me propuse ver hasta qué punto podía pintar con nuestro idioma, y producir brillantez y colorido.

Su reconocido,

Salvador Rueda.

LA NOCHE DE SAN JUAN

DESDE EL TREN

LA NOCHE DE SAN JUAN

DESDE EL TREN

La noche de San Juan, tantas veces pasada en derredor de la fuente del pueblo, á cuyo rumor toman acción y vida las viejas tradiciones y el horóscopo señala la suerte venidera de los enamorados; tantas veces presenciada desde la casa de campo donde se hace arder en resplandeciente pira la mole de trastos rotos, mientras en los lagares vecinos flamea también la llama surgida de las bruscas gavillas de sarmientos; tantas veces presidida por alegre coro de mozas y mozos que sueñan con la alborada para ver en el plato de agua el huevo convertido en barco caprichoso, el espino quemado en la hoguera lleno de nuevas y amarillas flores, y la hoja del árbol hendida, sana y sin vestigio alguno de cortadura; la noche de San Juan, tan hen-

chida de fiestas populares; tan rodeada de misterios y leyendas; la preferida á las demás noches del año excepto á la Noche Buena; la cantada por los poetas del siglo de oro en versos inmortales; la que llena de amorosos recuerdos nuestra cabeza y evoca nuestra edad pasada con todos sus encantos y alegrías, es, contemplada desde las ventanas del tren, yendo hacia los lugares donde vimos la luz primera, la noche más fantástica de cuantas vimos pasar ante nuestros ojos y la que conmueve con más honda vibración nuestra alma.

Desde el vagón, alumbrado débilmente por luz parecida á macilenta pupila de cristal, vemos pasar los negros paisajes, como restos de un sueño, que quedan detrás de nuestro paso y se unen en confusión extraña y grandiosa. La máquina, con mil furiosos torbellinos en la melena que zumban sobre las cordilleras y bajo las montañas, sorbe con ansia devoradora la distancia y nos arrastra como en busca de mundos ignorados.

Á un lado y otro quedan los árboles frondosos con los remolinos de mosquitos danzando sobre sus puntas, y las aves de

ojos desencajados y redondos, agarradas con uñas tenaces á las ramas. Atrás dejamos las listas de hierro asentadas sobre traviesas, con las casetas de camineros á la margen; las rocas cubiertas de colgantes greñas vegetales como cabezas truncadas por el sueño; los puentes donde retumba la briosa máquina y parece dejar caer tremendos mazos de bronce; la hebra de agua que se cierne en las grietas de la roca y anda con giros de culebra; y esa revuelta confusión de cosas parecidas á negro huracán, entre el cual pasan azules estrellas que siguen su curso maravilloso por los cielos.

Al dar vista á un tranquilo valle, veo una candelada que abre su círculo en la sombra delante de una casa de campo, donde no queda mozo que no se alegre ni abuela que deje de recordar sus floridos abriles.

Al montón de seco combustible, van á caer, á medida que las llamas decrecen, el capacho que tantas veces llegó lleno de uvas al pasero; la estera calada de boquetes sostenedora del juego de los niños; el cesto en que venían las coloradas guindas de la huerta asomando por el claro tejido

del esparto, y el ridículo miriñaque de pleita, que sirvió á la decrépita vieja en sus mocedades.

Cerca de la hoguera, vuela con sus negras alas la tradición, llenando de sueños las cabezas y despertando recuerdos pasados de la vida.

Los nerviosos lebreles, amedrentados por el rojo elemento, ladran en sones lastimeros y atruenan la comarca sembrada de hogueras luminosas. Los caracoles marinos que los aldeanos guardan para hacerse señales de aviso en casos de robo ó de incendio, vibran en medio de la sombra como fieras trompas de caza dando carácter de rito misterioso á la velada.

Oculta por el tren la pira, que allá queda tras las altivas crestas de los montes, descúbrese otra candelada en la plaza de humilde pueblo cercano al camino, y allá se ven los inquietos chiquillos zambullirse en la llama como salamandras que nadan en el fuego. Uno salta y desparrama en la caída una explosión de chispas que le cubre y amenaza incendiarlo; otro arrastra una tira de pleita y describe un agitado círculo que embelesa la vista con sus jue-

gos; el de allá salta con suma destreza dando ejemplo de habilidad, y todos juntos giran en torno de la pira, que con su magia los ata y encadena.

La prole prorrumpe en dilatados vivas á San Juan, vivas que suenan á antigua nobleza de costumbres; á ecos de religión que el pueblo guarda, sin rendirse cuenta, en su pecho; á rumor de veladas que hemos visto ó soñado, pero que dejaron una dulce memoria en nuestra alma. No sé por qué despierta en mi memoria este grito el recuerdo de los cautivos que gimen por volver á su patria, el rumor de las gratas verbenas celebradas á orilla de los ríos, los crujidos de los cohetes en las brillantes fiestas populares y las rachas de viento en la reja, donde el apuesto búcaro oye la dulce confesión de los enamorados.

Cuando caigo en estos sueños y la imaginación empieza á tomar las alas del huracán, el tren cambia repentinamente de paisaje, y veo la fuente de un pueblo rodeada de lindas mozuelas haciendo invocaciones al horóscopo ó lavándose con agua cristalina para aumentar la gracia de sus rostros.

Allí caen sobre el manantial las fórmulas de invocación á los genios que tienen virtud y poder; las declaraciones amorosas hechas de improviso que el santo habrá de tomar bajo su custodia; los romances de obscuro origen que se recitan acompañando las manipulaciones y ejercicios, y las burlas y bromas que salen y se desprenden de todos los labios.

*
* *

¡Oh encantadora noche de San Juan! Desde el tren que cruza las campiñas de mi patria, gozo en saludarte en cada río que te canta, en cada jardín que te embalsama y en cada estrella que te alumbra.

Y en estas horas en que veo de nuevo la hermosa Andalucía, y oigo cantar sus ruiseñores en las frondas, y siento rodar sus ríos con sonoro estrépito de cristales, y escucho las sentidas coplas extender sus ecos por la vega, te pido, ¡oh misteriosa noche!, corones de rosas y estrellas los amores de quienes rodean el cristalino espejo de tus fuentes y las rojas llamas de tus hogueras.

DESDE EL MIRADOR

DE LA REINA

DESDE EL MIRADOR DE LA REINA

Por los huecos que forman sus arcos y columnas, no engalanados con otros adornos que los árabes, donde un tiempo asomaron los rostros de las cautivas para contemplar los montes y el paisaje, sólo entra el aire que llega cargado con los aromas del Generalife, y la atolondrada golondrina que pía bajo los abandonados artesones.

El cuadro que desde el mirador se descubre es sólo una artística ruina si se compara con la magnificencia y esplendor que revistió en tiempo de los reyes moros, cuando la arquitectura árabe, mezcla de la persa, egipcia y griega, llenaba de delicadas filigranas sus muros, daba elegancia y gallardía á sus palacios, vestía las pa-

redes de sus patios de fantasías, ostentaba sus ajimeces descansando sobre columnas que remataban en arco festoneado de labores, contenía la riqueza de sus zócalos de azulejos con deslumbrantes emblemas, lazos y calados, y servía de espléndida morada á los caballeros moros que disfrutaban su lujo y su riqueza.

El Albaicín, vista que desde el mirador se contempla, sería de ver allá en los tiempos de su opulencia conteniendo labores damasquinas en los edificios, hermosos huertos que costeaban la pintoresca falda, estanques de aguas vivas y tazas por donde pasaba susurrando la corriente, aljibes misteriosos donde reposaba el líquido que había de consagrarse á las abluciones, torres mudéjares que aun hoy elevan la triste cabeza entre los granados é higueras que se desbordan de los corrales, portadas compuestas de arcos como encajes, y jardines donde las mujeres, poseídas de lánguido beleño oriental, vagarían como sombras ó descansarían al lado de las fuentes abriendo los oídos á las frases ardientes del amor.

En el remate de la colina, veríase la Al-

cazaba Cadima, construída por Asad el Schebani, poblada de traficantes judíos, á quienes los primeros conquistadores confiaron la custodia de las ciudadelas y de los parajes eminentes.

A distancia unas de otras, elevan sus antiguos techos la parroquia de San Miguel, que domina un extenso paisaje de la vega; las de San Juan, San José y San Nicolás, todas ostentando su maciza construcción y las roeduras del tiempo, que, arrastrando sobre las torres los huracanes, desgrana el endurecido material, y golpea, arrancándoles sonoros lamentos, las campanas.

Desde *San Miguel el alto,* que el mirador encierra también en su anteojo, descúbrense aún las señales de la vieja muralla, que empieza en la puerta de Hinznarroman y pasa por los sitios que llevan los nombres de Agustinos Descalzos, calle de Solares, Aljibe de Trillo, plaza de los Carvajales, cuesta de San Gregorio, del Marqués, de San Miguel, Arco de las Monjas, y muro, hoy llamado de la Alcazaba.

Como orla que ciñe dentro del barrio mismo á esta antigua Alcazaba, se ve to-

davía la Gidida ó Alcazaba nueva, debida al africano Aben-Abur de principios del siglo XI. En su ámbito existían tres animados barrios, llenos de mercaderes, que hacían levantar el estruendo del trabajo de sus fábricas y ponían en conmoción la vida y la riqueza. El barrio de los zenetes, tan levantisco y lleno de algaradas, también se asentaba en una falda de la colina, dominando un soberbio horizonte.

Pero de tanto esplendor y tan inusitada riqueza, de palacios tan aéreos que ponían competencia á las palmeras, de tanto carácter y tan inextinguible reinado, hoy sólo se ve desde el esbelto mirador una sucesión de casas que traen á la memoria los viejos santones y los recatados ejercicios de la religión mahometana, una pendiente de breves jardines encerrados entre los muros de las viviendas, las torres de algunas iglesias que se elevan sobre la ruina y parecen meditar en la muerte y la desolación, y los profundos aljibes con su liso brocal en la portada.

Guarnicionando el histórico recinto por el camino que conduce al Sacro Monte y que toca la frondosa margen del Darro,

se elevan un solo palmo del suelo las inmundas cuevas de los nómadas, que ostentan en las puertas de sus antros un roto jirón de agujereada tapicería, ponen junto á la mata de albahaca el lacrimoso búcaro que destila menudas gotas de agua, y solean á la prole, teñida de bronce por el sol, á la puerta raquítica de sus viviendas.

Nada se escucha por las calles que traiga á la memoria la sonora lengua mora, en que vertieron los poetas árabes el ánfora de sus hipérboles orientales y el abrillantado raudal de su fantasía.

Desde el mirador, cuando la tarde se avecina, fingen los ojos en las distantes llanuras, aprovechando los contornos y trazos que forman las nieblas, las resueltas falanges de moros, ceñidos de blanco turbante, que vuelan sobre sus corceles y acometen con irresistible fuerza á los cristianos; éstos se defienden y elevan la cruz roja, que simula un perdido rayo de sol; la polvareda avanza por la vega y se agranda y extiende á medida que la tarde entorna los ojos con pereza; entre las moléculas créense escuchar relinchos de ca-

ballos que vienen galopando á la ciudad, choque de alfanjes y armaduras que llegan claramente á los oídos, disparos que encienden su fogonazo en los aires y vienen de las huestes enemigas, voces invocando al inspirado dios de las batallas que se mezclan con los lamentos de los moribundos, resonar de atambores que enciende la sangre de los combatientes, notas de añafiles que llegan como ecos perdidos de la vega, y ráfagas de púrpura formadas por el sol que fingen los charcos rojos de la sangre.

Debajo del labrado mirador elevan los álamos su punta á un número incalculable de metros, y mecen sus frondosos ramajes llenos de luz y de hojas, que murmuran como sonoras lenguas vegetales.

El Generalife enseña su bosque á la derecha y su melancólica hilera de cipreses que forman pirámides y acentos invertidos. Las aguas ruedan por las tazas con misterioso estrépito, y parecen arrancar ahogados suspiros del tronco del ciprés de la sultana y de los cedros que tienden como brazos sus ramajes, bajo cuyo dosel se co-

bijaron poéticas escenas de moros á los rayos callados de la luna.

El Darro desciende por la cuenca de las dos colinas, la de la Alhambra y la del Albaicín, y se deja á un lado los cármenes poblados de granados y de flores, puestos como elegantes cestos de verdura sobre la tierra.

Á la hora en que el día cierra su última luz, el ánimo se recrea en la contemplación de las lejanas sierras que se arropan en el crespón, cuajado de estrellas, de la noche; mira embebecido los caballetes de las casas despojarse de las postreras vislumbres; ve irse metiendo en la penumbra á las higueras, con sus frutos de forma de admiración; contempla asomar el leve perfil de la luna sobre las cercanas crestas de nieve, y cuando llena de sueños la cabeza se piensa que va á caer de algún torreón una escala que conduzca á los brazos de su amante á una cautiva, ó que crujen las risas caídas de labios de coral en los serrallos, sólo se ve á lo lejos, á la luz de un opaco candil, en la cueva como un antro de un nómada, á la gitana circuida de gente mover oriental y lujuriosamente

las caderas, porracear con las puntas de los pies en el suelo, producir una á modo de grata melopea con los movimientos, y bailar, por último, la lúbrica danza gitana, conocida por el antiguo nombre de *zorongo*.

ZAMBRA DE GITANOS

ZAMBRA DE GITANOS

Evitándome el preludio mediante el cual suele hacerse la presentación de cada persona de las que han de componer un cuadro ó historia para que juzgue y examine el lector y diga al tanto de sus méritos, deméritos y circunstancias, pongo desde luego en pleno ejercicio del baile, allí donde marca su centro y punto la reunión, á la movible y movediza *Marimudanzas,* que tan sabiamente se canta de lo sentido en diciendo á salir por *lo hondo,* como exhibe los cuatro frentes de su persona, que frentes habremos de llamarles, en el nunca salir del enredoso zapateado.

Corean con palmas ó palmadas, que de otros tantos modos lo oigo decir, porción de tenebrosos gitanos colocados en semicírculo, de los cuales, uno que responde al

mote de *Miguelón,* puntea y pasa los ágiles dedos por las cuerdas, á las cuales hace poner cátedra de sentimiento y quejarse con modillos, que á las veces salen de los bordones, y á las veces se quedan en la prima y las inmediatas.

Cogiendo en el centro á la bailadora, que hace temblequeos y flexioncillas sobre los talones, se extiende la apiñada rueda de gente tomando postura oriental en el suelo, y unos faroles, con pantalla al concurso y luces al cuerpo de baile, alumbran la amplia terraza, que si el lector no lo toma á mal, es la que en la propia torre de la Vela mira sobre su espacio la campana.

La bóveda del cielo pone iluminado pabellón de estrellas á la zambra, que esta vez sale del ahumado tabuco para extenderse en la ancha planicie y dar á los movimientos lo que es suyo y al cuerpo el holgado redondel que necesita.

—*Tipirí, tipirí, tipirí,* dice la uña de *Miguelón* dando suaves pellizquillos á las cuerdas, á lo cual responden con sones graves los bordones, como si quisieran reprender á las tiples por su algarabía.

El concurso devora, ávido, los inciden-



ZAMBRA DE GITANOS

POR GARCÍA Y RAMOS

tes de la zambra, la cual, siendo de lo más típico y clásico en punto á fiestas granadinas, enseña y pone á la vista, acomodadas en sus sillas, como diosas del baile en su trono, hasta cuatro bailadoras criadas y espigadas en plena jurisdicción del Albaicín, donde para producirse la piel de bronce y los vagos ojos orientales, no faltan ni el *casuco* lleno de telarañas del gitano, donde en un solo palmo de terreno bulle y blasfema toda la familia, ni el enérgico sol que abre boca de rubíes en la granada, ni detalle alguno que no vaya á preparar el sitio para la bella producción de la bohemia.

Como en todo lugar donde hay más de un corazón que se comunique, con ventaja en este caso, por haber ido cada gitana á la fiesta acompañada de su Don Cuyo, la pasión estalla aguijada por los celos en tal ó cual pecho enamorado, y á la postre la copla es el hilo que comunica la queja, y la guitarra la vieja habladora que *alcahuetea,* si así se me permite jugar con las palabras. *Marimudanzas* adora á *Miguelón,* y más de una trapisonda costóle al gitano sostener estos amores á espaldas de su

querida; mas ¿para qué hay corazones como manantiales en punto á querer sino para brindar pasión á todo lo que nos ama, venga del lado que viniere?

Así, la bailadora, cobijada en el cariño del hombre, donde tan á gusto se guarece el que ama, y sobrecogida de celos por haber inclinado últimamente la balanza el gitano más de parte de la querida que de ella, para expresar su sentimiento, canta al mismo tiempo que chasquea las yemas de los dedos, yendo y viniendo en primoroso baile sobre el suelo, donde, embebecida, sigue el hilo de la zambra la concurrencia:

> Tú, ni *te percatas*
> de lo que te quiero:
> yo, porque me amaras, hasta besaría
> el polvo del suelo.

Y *Miguelón,* que recibe el botonazo de fuego en la oreja, pero que es de tal naturaleza que lo quiere todo por igual, sin apasionarse grandemente por nada, responde, no sin dejar correr antes un hilillo de notas por las cuerdas, que entran y cos-

quillean en el corazón de la bailadora como un tropel de hormigas de patas luminosas:

> Las de mi cariño
> dulces lucecillas,
> como las del cielo, todo lo que cogen,
> todo lo iluminan.

Inmediatamente la gitana, que no conoce lo relativo en lo que toca á los amores, vuelve á cantar con voz tan linda y fresca como flor que sale de un búcaro:

> La luz de la luna
> todo lo blanquea;
> pero de sus rayos, alguno se pierde
> y entra en la arboleda.

Á todo esto, su cuerpo, templado como instrumento músico por el amor, vibra y ondula adelantando ó retrocediendo, y tan pronto ciérnese con movimiento apasionado y monótono, como labra y trenza con las puntas de los pies una á modo de gitanesca cadeneta, en cuyo tejido entran los golpecillos dados *en seco* sobre la tierra; la guitarra, en tanto, calla misteriosamente, gimiendo con sordina, y las palmadas repiquetean y caen en el mismo punto

y centro del compás, y las voces y el jaleo ponen fondo confuso á la danza, que la gitana labra y labra, adoptando posturas y apasionados engallamientos de paloma.

Ya dobla y arquea sobre su cabeza el serpentino brazo que encierra su cara en delicado marco de nácares y bronce; ya lo desdobla y llévalo en columna salomónica por el aire, apoyando en la cintura la mano pecadora; ya saca el apretado busto, y lo muestra, y pone de relieve las veladas ánforas, como conos de cálices divinos; ya se tuerce de un lado y va en artística postura como gallo que arrastra las plumas por el suelo; ya hace parada de pronto como desafiando los aires, y levanta y coloca en posición de diosa la cabeza donde tiembla un remecido clavel color de llamas; ya para, ya gira, ya torna, ya une los párpados y los abre con total ausencia de las pupilas, mostrando la ceguera sublime de los dioses; una vez se aleja, otra se aproxima, otra da excitadoras vueltas en un punto, y todo es arrastrado por la misteriosa cadencia de su cuerpo, que con su ondular desata en profusión de palabras á los labios, encadena y llévase consigo los

ojos, junta las manos en apasionadas salvas de aplausos, y derrama el delirio por la fiesta, donde, como las lanzas en combate, vibran y se revuelven las interjecciones.

Con semejante apasionado baile, el gitano va soltando prendas en su interior, y de pronto, más humano y compasivo que antes, canta al son de las cuerdas, poniendo buena porción de fuego en las palabras:

> Lucerillo, baila,
> baila con fatiga,
> porque á cada salto de tus pies de oro
> se aumenta mi vida.

Luego, el tiroteo amoroso se alarga indefinidamente, los amantes vienen á razones, la guitarra ayuda á la escena arrancando pedazos de sentimiento á los pechos, el auditorio hace por el arreglo de los contendientes y la zambra acaba por lo general celebrándose la nueva unión de los enamorados.

*
* *

Así, ó cuando menos faltándole los incidentes y detalles que la imaginación tiene

que fraguar para que resulte artístico el cuadro que describe, fué una ruidosa zambra dada en nuestro honor por el eximio periodista Luis Seco de Lucena en la histórica y renombrada *Torre de la Vela*, en una de las serenas noches de Junio en que la campana que anuncia la sosegada hora á los huertanos, rompía á veces los ecos de la fiesta con sonoros mazazos dados en el borde del instrumento, cuya vibración caía en la boca negra del espacio como plegaria grave que iba á confundirse con la sagrada salmodia de las hojas, el rezo de las fuentes y el murmullo de los manantiales.

EL GENERALIFE

EL GENERALIFE

Sería de todo punto imposible dar una idea de la emoción que despierta el famoso edificio construído por Omar, el príncipe dado á la molicie, que agotó todos los recursos de su imaginación en derramar cuantos atractivos habían de convertir en lugar delicioso el que en lenguaje árabe significa sitio de placer y de recreo.

En él celebraban los magnates moros sus zambras y sus fiestas, y en sus estancias, la alegría, exaltada hasta la locura, sonaba el animado coro de sus risas, y la voluptuosidad tomaba todas sus indolentes posturas.

De cuantos palacios ciñeron las sienes de la colina, sólo el Generalife sostiene en pie sus muros; en sus vestigios aun se deletrea lo que fué el magnífico edificio cuan-

do en su floreciente época lucía su riqueza y su hermosura, y escondía en sus estancias mujeres de africanas pupilas, de pechos sensuales y formas primorosas.

Del edificio de Daralarosa apenas si se ven los cimientos, en los cuales no queda señal alguna de esplendor. Los llamados albercones del *moro* y de los *negros* han desgastado en parte su obra, y *la silla del moro,* que domina el grandioso paisaje de la vega, saca todavía del suelo sus cimientos y parece ofrecer descanso al viajero.

Desde el elevado sitio contemplaríase, allá en el bello reinado moro, uno de los cuadros más hermosos del mundo.

Delante veríase una ilimitada llanura, manchada de fértiles huertas, que daría á los ojos espacio en que vagar; á la derecha subirían las torres del Albaicín, mostrando á su pie los opulentos jardines y las extrañas escenas de moros bajo los árboles; á la izquierda la gigante sierra, siempre inmóvil y siempre erguida, como grave centinela de la comarca; en las hondonadas, los ríos Dauro, y columbrándose á lo lejos el Genil, uno bañando fértiles riberas y otro arrastrándose sobre las arenas de oro

que dice la leyenda; yuxtapuestas al histórico barrio, la sierra Elvira, que á la caída de la tarde muestra su color distinto al de las demás sierras; y más cerca, las torres de la Alhambra rasgando un cielo vestido de colores rosados, las ondas de verdura que se desbordan por todos lados como colgante follaje de una maceta, y el manto de lujosa pedrería fingido por el agua, que el Generalife abre y extiende y hace centellear ante los ojos, combinando arcos de espuma, surtidores y palmas de perlas y largas cabelleras de cristal.

Entonces aparecerían en toda su magnificencia los templetes adornados de columnas rematadas en capiteles, las fuentes simulando conchas marinas, de cuyas tazas salían aéreos surtidores; los arcos con enjutas, en los que se armonizaban en gracioso juego arabescos y ajaracas; el *mirab,* del cual sólo dan hoy señales los adornos de estuco, los letreros religiosos y las fajas con la inscripción repetida de *Dios es grande.*

Lo único invariable, el agua, cambia, lo mismo que en la remota época, trescientas mil veces de postura por cada minuto, y

rueda y se destrenza entre los carcomidos patios, por cuyos cauces rebota y se deshace en moléculas que se ciernen como toldo de luz en el ambiente.

Entonces luciría toda su riqueza el vestíbulo construído con mármol de Macael, lleno de enrejados de hojas y calados, donde se repetían las alabanzas *al gran Profeta*.

El techo, formado de estrellas cupulinas y menudas labores coloridas, resplandecería como cielo de luceros vestido de vagos resplandores.

Hoy, aun van á dar carácter de histórica reliquia al edificio los retratos colgados de los muros, entre los cuales vense al destronado Boabdil, cuyo suspiro todavía resuena en nuestros oídos; á Muley-Hassem, llevado por sus partidarios á su sepulcro de las elevadas puntas de la sierra; á Cid Hicaya, infante moro, hecho bautizar en Santafé á presencia de los Reyes Católicos; á Catalina de Granada, Isabel de Portugal, Don Felipe y Doña Juana, y otros retratos que, encerrados en los severos marcos, parecen pasear las miradas por los sitios donde fueron su imperio ó residencia.

Sobre la ruina, la Naturaleza ha derramado el cúmulo de sus galas, como queriendo cubrir de flores los restos de tan soberana hermosura.

Á semejanza de la rota escultura que las plantas visten de follaje, el Generalife oculta sus derruídos muros entre velos espesos de laureles.

Entrando al patio del cauce por la obscura senda de los cipreses, la vista se hiere en las vivas tintas de las flores y en las hebras radiantes del agua. El espacio es un profuso diluvio de diamantes. Un chorro de cristal arquea su látigo de gotas y fustiga la encendida cabeza de un geranio; otro da en una hoja, que á su vez mueve todo el tallo y le hace venir con intermitencias á recibir la amorosa caricia; otro surtidor formula su ascensión de cohete y rompe en lágrimas, que la luz pinta de todos los colores; otro salto cristalino renueva en la movible punta de su arco el paso de una gota por otra gota, y finge deslumbrante batuda de cuentas irisadas; aquel tallo de espuma que la presión pone al mismo nivel de los cercanos, marea la vista con su continuo ascender de rápidas

burbujas; un salto relumbra su agitado collar en los aires; otro se cierne un momento y cae para en seguida aparecer de nuevo; éste lava un fresco ramo de flores que gotea como derramado cáliz de rocío; aquél surge tieso y al parecer inmóvil como brillante barra de cristal; todos se anegan en el ambiente cargado de luces y de aromas, y todos doblan los arcos movedizos á lo largo del cauce, en cuyo fondo los sones y multiplicados golpes del agua forman grave y profundísimo estruendo de canales.

Al fondo de este cuadro de gracia y esplendor descúbrese una esbeltísima sala con grandes retratos á los extremos, recargada en sus paredes de finísimas labores y arabescos. Por un aéreo mirador dase vista á los campos, y las arboledas dibujan su mancha obscura á través del calado de las ventanas.

Tras una sucesión de mesetas y tramos se sube después la falda de la colina bajo techo de sanguíneas y verdísimas parras, que entrelazan los ilógicos troncos y agitan el alegre y rumoroso tapiz de las pámpanas. Bajo este toldo de hojas ruedan á

un lado y otro susurrantes pasamanos de agua, que cautivan los ojos y encantan los sentidos.

Sobre la última grada se eleva un mirador con una soberana galería de arcos que dan á la más deslumbrante colección de jardines de la tierra.

La falda de la colina primero; después los dos ríos, juntándose en prolongada *y griega* que va á desvanecerse en los campos; luego la extensa vega, salpicada de huertas y arboledas y cautiva entre las dos sierras, sierra Elvira y sierra Nevada; cuencas, valles, llanuras, crestas, términos lejanos y cendales de vaporosa niebla, se descubren desde el alto mirador, bajo cuyo dominio eleva la capital sus torres y azoteas y los pájaros atraviesan con el dorso teñido de obscuros tornasoles.

Las fuentes, como preludiando canciones amorosas, arrullan lugar tan lleno de encantos y hermosura, y le dan deleite infinito, que ata con invisibles lazos los deseos.

Los sueños de nuestra edad primera en los que hemos visto la mujer que agita con fuerza misteriosa nuestra alma, sólo da-

rían idea de la suave delicia que se apodera del espíritu cuando se recorre, mudo de placer, el Generalife.

Así es de inefable y dulce el encanto. Y es que van á completar la ilusión los repetidos ecos del agua, siempre armoniosos y nunca comprendidos, que nos hacen creer que dentro del maravilloso paraíso se oculta en cada fuente una ondina, la cual toca una delicada lira de cristal y mira con amorosos ojos verdes á través de los temblorosos círculos del agua.....

LA PUERTA DEL VINO

LA PUERTA DEL VINO

¡*Torres bermejas* de la Alhambra; recinto primoroso de la *Cautiva;* faldas amenas del Generalife, en cuyos verjeles quedan para siempre los recuerdos de nuestra vida; muros legendarios, á cuyo pie ruedan las fuentes murmurando sentidas historias de moros y sultanas; panoramas espléndidos de sierras y llanuras, unas coronadas de nieve y otras festoneadas de inmensas arboledas; cuadros de blancos caseríos intercalados con bellos jardines que se extienden por las faldas de las colinas; ciprés misterioso de la sultana; cármenes floridos; fuentes bullidoras; quien mudo de admiración os vió por vez primera representar tiempos felices de la historia y cuadros de la Naturaleza, no podrá arrancaros de la mente ni borrar vuestro

recuerdo de la memoria; y siempre que su espíritu ansíe recrearse en las sublimes obras del hombre, irá á arrodillarse en vuestras ruinas y á entonar con religioso misterio la divina oración del arte y la belleza!

Después de haber visto desfilar delante de los ojos el alegre juego de arcos infinitos con que la afiligranada arquitectura árabe construye sus palacios y sostiene sus techumbres, un doble arco de efecto maravilloso queda dibujado en las retinas como queda la imagen fotográfica en el cristal.

El arco doble de la *Puerta del Vino,* á la vez fuerte y aéreo; el que aun conserva sus enjutas cuajadas de labores, cintas y hojas; el que muestra grabada en persistente mármol la llave de la incerrable puerta; el que luce abierto á Oriente y á Poniente y enseña en su interior bóvedas con esbeltas capillas cilíndricas, como si quisiera traer á la memoria que fué *mirab,* ú oratorio, donde se detenía el caminante para exhalar sus oraciones; el arco doble de la Puerta del Vino, lleno de inscripciones y letras africanas; decorado con entre-



LA PUERTA DEL VINO

POR RUIZ GUERRERO

lazamientos de cintas y de flores, y que enseña su ajimez de forma esbeltísima sobre adornos, encajes y relieves, se graba en el cerebro después que hemos recorrido las maravillas de la Alhambra, y queda su imagen dentro de nosotros como símbolo del elegante arco árabe, antes de que pasara, como las crisálidas, por sus transformaciones.

Podrán en las milagrosas estancias del palacio árabe lucir otros arcos su gallardía, enseñar sus calados y poner una banda de cielo tras ellos; elevar su punta entre un deslumbrador aguacero de estalactitas coloreadas, ya de azul, ya de rojo, ya de otros matices, como si para pintar los adornados techos se hubiera robado á una primavera sus mariposas; podrán los sutilísimos arcos de ajimeces seducir con sus orlas de encaje labradas por manera incomprensible en la piedra y aparecer atravesadas por flechas de luz; podrán dar á la admiración los demás arcos, ya el remate alargado y redondo festoneado de grecas y labores que llega al más alto límite de la elegancia, ya el levemente apuntado que da gracia é insinuante belleza á la arcada.

ya el remate sobrio, clave y origen de la incomparable arquitectura, el cual hace soñar con corvos alfanjes y cimitarras, ya el palio esplendoroso de estalactitas desbordándose y chorreando de la clave como los flecos de cristales en el arco atrevido de los torrentes; podrán las demás curvas mostrar sus trazos gentiles, sus líneas correctas, su aspecto fastuoso, pero la imaginación se decide por el doble arco, ligeramente apuntado, que se admira en la *Puerta del Vino,* porque él nos da el compendio y el resumen de la bella construcción árabe, y simboliza y concreta su reinado.

En un templete cerca del cual se descubre el palacio de Carlos V, obra más bien concebida por la cabeza de un guerrero que soñara con castillos y fortalezas que por la imaginación delicada de un artista; teniendo á uno de los lados la celebrada *Torre de la Vela;* al otro el sorprendente panorama de la ciudad que bajo muro cercano enseña sus monumentos y sus ríos y las torres de sus templos con la achatada cubierta mudéjar; á la izquierda la poética colina del Albaicín con sus hi-

gueras adornadas de fruto, sus granados cubiertos por un brillante aguacero de carmín, sus aljibes, medrosos y obscuros, unidos fatalmente al muro de las iglesias, y sus casas de blancas paredes donde anida y rebulle su vida denigrante la bohemia; á la derecha contemplando las crestas de la sierra, arropadas en perpetuos cobertores de nieve, desde cuyos remates se ve á la hora de romper el día la luz de cuatrocientas auroras surgir y abrirse en crespones de fuego por el horizonte; teniendo bajo sí la puerta *Judiciaria,* monumento de los más hermosos que encierra en su recinto la antigua ciudad de las mil torres; colocado cerca de las fuentes y de los árboles y de los jardines, el doble arco de la *Puerta del Vino,* llamado así por haberse descargado bajo su techo, en la antigüedad, las cargas de vino traídas de Alcalá para el consumo del Real Sitio de la Alhambra, pone á la vista su tesoro infinito de labores y encadena los ojos con su hermosura.

Antes de la época de Isabel y de Fernando, cuando la cruz sublime no abría aún los brazos sobre las torres granadinas, sería cuadro sublime el visto á la primera luz

del alba, cuando acudían los devotos cerca de la preciada puerta, entonces árabe oratorio, para celebrar sus ritos y ceremonias. Los rostros de tez morena y barba rizosa, parecidos al de nuestro Nazareno, de pupilas adormecidas y ardientes, con repentinos destellos de pasión, de nariz correctamente aguileña y de trazos rudos y enérgicos, que hacen que del obscuro fondo de las razas el rostro árabe se destaque con el relieve que ninguno y gire sobre lo moreno de la tez lo blanco y siniestro de los ojos, elevarían al sol las miradas en demanda de sensuales dichas y placeres. Los jaiques, de pliegues ampulosos, se agruparían en el extraño cuadro, dando al lienzo interminables plazas de blanco tono, como dicen en su especial dialecto los pintores, y los turbantes, retorcidos y corpulentos, se posarían sobre las cabezas, como palomas.

El viento sutil del alba se arrastraría por las faldas de las colinas y por las gargantas de los peñascos, removiendo las cabezas dormidas de las flores, y llevaría su séquito de aromas en derredor del *mirab,* entonces lleno de las alabanzas y preces mahometanas.

La luz, como el más divino artista del Universo, teñiría con sus pinceles mojados en tintas suaves los alicatados hechos en los muros, las labores de mármol de Macael, finas y aéreas como los recamados de un sueño á los quince abriles; haría chispear como fuente por cuyas tazas ruedan las cuentas luminosas, los delicados cornisamentos, los relieves sembrados de flores y de hojas, las enjutas cubiertas de encaje, que parece estar labrado con finas agujas en la piedra, y llenaría toda la fábrica de oscilaciones y temblóreos luminosos, como esas lámparas profusas en adornos que destrozan y pulverizan la luz en sus cristales.

Por ese doble arco árabe, de vista tan delicada como esos pájaros de largas zancas que nos hacen pensar si los podrá destrozar una racha de aire, yo he soñado ver á la caída de la tarde un bello crepúsculo de esos tantas veces descritos por mi pluma.

La lente enorme dejábame ver los colosales hombros de la sierra sosteniendo su carga de nieve; los reflejos formaban aurora boreal en su cima, como si por ella hubiera pasado la deslumbrante cola de

un incendio. Las puntas del monte se cubrían de una viva claridad recibida de las nubes, que, tomando parecido de largas pizarras de coral, componían soberbia escalinata por donde empezaban á subir con temeroso paso las estrellas.

Otras nubes de colores violados, lo mismo que si en ellas hubiese ocultos escultores, fraguaban con sus nieblas caballos lanzados á la carrera, sobre los que iban arrogantes moros de jaique azul y vívido turbante. Tras de ellos corrían unos enfurecidos leones, con garras de vapor, que parecían ir á devorarlos. Los perseguidos giraban la vista hacia la Alhambra y derramaban lágrimas de dolor.

La visión hizo que del lado opuesto del horizonte asomara otro decidido grupo de cristianos con lanzas de rayos y caballos á la carrera, que ansiaban reducir á prisión á los fugitivos.

Las huestes chocaron poco á poco con esa poética lentitud de los nublados. Las lanzas se revolvieron, los trajes se mezclaron, los guerreros pusieron en alto los brazos para descargar sus espadas de luz sobre los enemigos.

La confusa batalla recordaba los incomparables lienzos del gran Fortuny, el más hábil manejador de los colores.

Como del combate real surgen explosiones de humo y fogonazos de disparos, así del cuadro fingido surgían masas cenicientas de vapores y chispazos de lumbre que daban efectos de realidad al espejismo.

La batalla decidióse por los cristianos, que, dueños del campo aéreo, alzaron la cruz sagrada y victoriosa.

Después no queda á través de la lente más que un lienzo violado, semejante al que se cuelga del nicho de las imágenes; el crespón vuélvese levemente obscuro y pasa por todos los tonos cercanos á la sombra; la luz se extingue con trabajosa angustia en las últimas extensiones del cielo; las estrellas titilan como vivas mariposas de cristal; la noche se avecina y apaga la lumbre de las crestas; no queda destello alguno de luz.....

Se cierra mi caja de colores.

ILUMINACIÓN EN LA ALHAMBRA

ILUMINACIÓN EN LA ALHAMBRA

El hermoso palacio de la Alhambra, mandado iluminar en nuestro obsequio por un Ministro antes artista y poeta que político, es, de cuantas maravillas han podido herir los ojos humanos, la que más grabada queda en ellos y la que representa con las bellas formas plásticas el más quebradizo sueño de cristal de nuestra mente.

La noche en que pasó ante mis ojos la deslumbradora fiesta del color, parecía la evocada por un artista para poner fondo negro á aquel derroche de luz y vida, que aun titila y centellea en mi cerebro.

Imaginaos una serie de salas espléndidas llenas de columnas tan aéreas como esos tallos que suben del agua; una prolongación de patios que se miran unos á otros por purísimos arcos árabes y por ca-

lados donde se cierne la luz misteriosa; una sublime colección de techos, ya llenos de obscuras labores mudéjares que forman elegantes encasillados recubiertos de trazos y caprichos, ya embellecidos por alicatados donde las notas azules, verdes, rojas y de cien colores forman un imposible bordado hecho con esplendorosas hebras de iris, ya asentados sobre arcos de punta donde la fastuosidad se despliega en miles de estalactitas que bajan con la profusión de los flecos de agua en las cascadas; imaginaos un número infinito de puertas, las unas dando á lujuriantes jardines donde los saltos de agua apedrean y visten de lágrimas las flores; otras interponiendo su calado entre la vista y el baño misterioso donde aun parece crujir la risa de las mujeres y desgranarse en trinos y notas sonoras; éstas enseñando el distante paisaje en el que la luz se quiebra y despedaza, haciendo las atrevidas hipérboles de un poeta; aquéllas cerniendo de tal modo la claridad que un tímido resplandor del alba sería un vivo relámpago comparado con su delicadeza; imaginaos todo esto enclavado en la más deslumbra-

dora colección de jardines del mundo, sirviéndole de espaldar la elevada sierra en cuyas puntas de nieve parece estar dando eternamente la luna, colocado enfrente del histórico Albaicín donde aun se cree escuchar al *muezzin* que llama desde la alta torre á la oración, y no tendréis idea de lo que es el palacio de la Alhambra, ni de la emoción divina que transmite al alma y á los sentidos.

Si fuera posible construir un aéreo palacio con elegantísimas copas de cristal, y colgar los techos de cálices puestos hacia abajo, y de copas formar cúpulas, aleros y cornisas, esto acaso daría una ligera idea de la delicadeza del edificio y de la esbeltez de sueño que le anima.

En presencia del patio de los Leones se cree estar dentro de una fuente que nos cubre por cima de la cabeza y nos enseña aquel bello sistema de columnas parecidas á las plantas de larguísimo tallo que suben á abrir sus flores en la superficie de los lagos.

Una columna fija su raya de blancura en el ambiente y acaba floreciéndose en hojas recamadas; otra da en medio del

arco de una sala y divide en dos el paisaje; otra se corona de un fino calado cuya descripción hubiera hecho desesperar al mismo Gautier, que no conocía lo indescifrable; otra sostiene el encaje de un muro que llena sus claros de bandas de cielo; todas corren á los lados de la fuente rivalizando en gracia y gentileza, y en los extremos, se agrupan bajo un reducido templete, tan ligero y caprichoso, como si volviéramos para abajo un cáliz de plata y le pusiéramos columnas de hebras de seda por sostén.

Desde el lado de la fuente, donde cada viejo león sopla su rizado chorro de cristal, descúbrese otra sala llena de arcos y labores, donde es imposible seguir sobre un muro el viaje de una delgada hebra de arabesco. La vista se reconcentra fijándose en el nacimiento de una curva; la sigue en sus caprichos y evoluciones pasando sobre otras que tiran de los ojos y quieren ser las preferidas; síguela á duras penas dejando otros nuevos motivos que salen á su paso; se auxilia de un dedo que se fija en la ilógica, para, mientras, hacer descansar la vista; torna ésta otra vez á seguir

su trabajo de persecución, y cuando todavía no ha recorrido cuatro pulgadas de labor, las retinas se rinden, los párpados flaquean, la mirada vacila, y sólo ve surgir delante de sí nuevas combinaciones y arabescos, de los que salen temas que no se sabe dónde espiran; de éstos surgen otros que recuerdan y traen á la memoria los anteriores á los que borra un nuevo motivo, y así van, de sucesión en sucesión, sustituyéndose y sustituyéndose, como esas puntas de surtidores donde fijamos la mirada y donde vemos renovarse en el tallo del agua unas gotas por otras gotas, unas flores movibles por otras nuevas flores, un blanco penacho por otro que le rompe, y siempre el salto llega á la misma altura, y siempre aparece bello y sorprendente.

Los rayos de luna entran por los calados con la delicadeza que por un divino velo de desposada, y dejan sus cintas impalpables en los aires, en los cuales dijérase que toman voz y palabras los aromas. Un rayo pasa sobre un finísimo encaje como pincel impalpable sobre un sueño; otro platea las gotas de agua y se sumerge en la fuente, donde incorpóreas ondinas

se cogen de la mano y danzan en torno de la escala luminosa; otro atraviesa como flecha las randas de piedra, y sale y se desvanece en el espacio; el de aquí duerme sobre el mármol y parece agitar millones de átomos invisibles; todos besan, como labios que pasan por nuestro rostro, el encantado palacio del amor, y hacen su viaje sin ruido, como los callados peces bajo el agua.

En otro elegante patio, un estanque rodeado de finos arrayanes copia en su fondo un jirón de cielo cuajado de estrellas, que parecen encantados ojos de moras que aguardan bajo el cristal el momento feliz del desencanto. Á un extremo, una puerta obscura, cargada de sutiles labores, cierra un ancho hueco del muro, y enfrente, al otro extremo del estanque, dos delgadas columnas, pegadas á la obra, de las que arranca un milagroso arco de estalactitas, dejan ver, como por misteriosa lente, el mirador que da sobre los árboles donde entonan amante cantilena los ruiseñores.

Pues todo este conjunto de arcos y muros, de labradas repisas y azulejos, de aleros con figuras hábilmente talladas, y de

cúpulas, muros, techos, calados, y labores, no dan idea de lo bello y aéreo de la Alhambra, ni del ambiente que en ella se respira.

Si esta magnificencia y tesoro inagotable de gracias se iluminan de pronto por un sin fin de luces de todos los matices y todos los colores, el prodigio llega á lo sumo, y el ánimo y los sentidos póstranse como ante un milagro jamás visto en la tierra.

Figuraos en la esquina y en el centro de cada sala y de cada extenso patio, bajo cada arco y bajo cada alero una poderosa luz roja que irisa las gotas de agua; tiñe como de un intenso crepúsculo las repisas; pasa y deja inflamadas de fuego las labores; incendia con poderosa fuerza las cúpulas; tiembla y titila en los calados; atraviesa las randas de piedra con hilos delicados de lumbre; trueca en barras candentes las columnas, y corre en aparente incendio que brilla y relampaguea en medio de la sombra.

Las tazas de mármol, llenas de madejas de espuma, se desbordan en chorros de fuego y cortinajes de oro que se rompen y

saltan en cuentas, ya azules, ya verdes, ya pálidas, según que nuevas luces arden y hacen acrecer el incendio.

Sobre el suelo, una cinta de agua finge una viva culebra de zafiro; en el aire, simulan las gotas deslumbrantes y maravillosos collares; en el estanque, tíñese la superficie de todos los matices como un tapiz sembrado de sedas chinescas.

Cuando una enérgica luz entorna los ojos y cae desparramada sobre el suelo, otra abre las ofuscadoras retinas que dan inusitado brío al incendio. Las cúpulas parece que arden; las columnas pasan en un momento por todos los colores; los arcos se visten de fuego de diversas tintas, y el edificio es una hoguera maravillosa donde parece van á reducirse á cenizas todos los encantos y bellezas acumulados durante los siglos.

Luego, extinguido poco á poco el incendio, los ojos chocan con las sombras del cielo y con los astros lejanos, como si contemplaran la presta extinción y el súbito apagarse del universo.

La ciudad resuena á los pies del palacio, entre los jardines de las hondonadas con

los rumores de todos sus seres. Las dolientes retinas buscan allá en el fondo, y á través de la niebla, los regueros de luces opacas, tristes y mortecinas, que van como inmensa plaga de gusanos de luz recorriendo lentamente los edificios. En el aire créese percibir, después que ha pasado el incendio, las quejas de amantes sultanas que vagan errantes por la vega; el Cerro del Sol oculta entre la sombra sus celosías de madreselvas y laureles; el Generalife conduce al oído el estrépito de sus aguas donde flota todavía el ahogado suspiro del moro; el almuédano rompe el silencio con voz que piensa oir la fantasía, y llama á la oración del alba; un destello de claridad dilata una lista de fuego por el horizonte, y al mostrarse á la luz de la aurora los paisajes de idilio de la Alhambra, dijérase que pasa sobre las rocas y las fuentes la madrugadora diosa griega, con su acompañamiento de leves ondinas, perros ligeros, y sonoras trompas de caza.....

Alhambra de Granada, Junio, 1887.

SEVILLA

Al Sr. D. Leopoldo Estevas Suárez,
en cuya agradable residencia de Sevilla
que la amistad hizo para mí casa propia,
escribí los cuadros de este libro,

Su amigo de corazón,

Salvador Rueda.

¡Á SEVILLA!

6

¡Á SEVILLA!

El tren corría, ya horadando peñascos y atravesando lóbregas cavernas, ya produciendo ruido de ciclópeos martillos sobre el alto puente, ya cruzando llanuras y llanuras con voracidad insaciable y arrojando á los aires su fantástico penacho, que el viento recogía para formar con sus pliegues la ondulante bandera del progreso.

Una estación, otra después, luego otra; gritos de los conductores anunciando con borroso pregón pueblos y paradas; chispas surgidas del horno en brillantes explosiones; repeler de fuerzas centrífugas en los recodos; ruidos de cristales y de linternas; paisajes, caseríos, arboledas, todo convertido en furioso torbellino pasaba á los lados del tren, y á través de las ventanas de los vagones veíase desfilar un em-

pinado palo del telégrafo abriendo sus desproporcionados brazos de alambre; después otro, también con los brazos abiertos; en seguida otro, y siempre el mismo desfile de fantasmas é igual estrepitosa música resonando en el cerebro y en los oídos.

El arrebatado Amicis, acercándose á Constantinopla en el barco que indiferente á su alegría rasgaba las inquietas aguas del Bósforo y dejaba atrás palacios de soberana arquitectura, paisajes donde la luz se descompone en variados colores, contornos de lejanas montañas con la indecisión que prestan las nieblas á los picos, islas como ramos de flores caídos en el agua, y todo el espléndido panorama que Gautier describió con pluma deslumbradora, no experimentó sin duda emoción más intensa de la que siente el viajero al aproximarse á Sevilla en vísperas de Semana Santa, y ve dibujarse á lo lejos el aéreo esbozo de la Giralda sobre el confuso montón de los edificios.

De antemano ya pinta el deseo en nuestra fantasía el cuadro de fiestas y procesiones en que los pasos cargados de riqueza y las túnicas bordadas de las imágenes

nos recuerdan los tiempos de Roma, por su grandeza, y donde se une á lo grave de las solemnidades religiosas el ambiente de gracia y belleza de Andalucía.

Vemos dibujarse delante de nosotros la altísima ojiva, que da cerca de Dios, y recoge el haz de rayos de luz para tenderlos á modo de bandas en las naves; creemos escuchar entre las voces del viento las notas del *Miserere* de Eslava que vibran como las alas de los ángeles en el espació místico del templo; contemplamos, semejante á procesión vista entre sueños, la silenciosa cofradía de madrugada que conduce su Cristo pálido con la pesada cruz á cuestas, dejándose oir la saeta como canto triste del desierto; vemos las escenas de la Pasión, el sublime lavatorio, el rasgarse del velo morado, la resurrección de Jesús, todo revestido del más grande esplendor; y oimos, por último, el repique del Sábado de Gloria con su estruendo y su inmensa balumba de campanas.

Á los cuadros religiosos suceden los alegres y llenos de gracia. Por anticipado contemplamos los tipos descritos por Fernán Caballero departir pacíficamente bajo

la parra; vemos las escenas del *Solitario* moverse con su tropel de lentejuelas, y destacarse de ellas el cuerpo escultural de la bailadora, parecido al grabado en algún vaso etrusco, al mismo tiempo que bracea airosamente repicando en el aire los crótalos, y va y viene y ondula taconeando sobre las tablas y agitando el aguacero de flecos de su mantón de flores y bordados.

Ella es la émula de Telethusa, la célebre bailarina de Gades, inmortalizada por Marcial. Columpia el cuerpo como clásica bayadera; hace estremecer en la danza la lanzada de claveles de su peinado; adopta el arrebatador sensualismo de la bacante engallando el cuello de cisne, y semejante á una figura de los tiempos antiguos, imita el baile de las ninfas de la isla Eritrea, encanto de Horacio y de Petronio.

El fandango, la seguidilla, el zorongo, el bolero, el ole y el vito, juntamente con la zarabanda, caen desmenuzados por sus pies en el tablado, y hacen subir y encender la sangre en las cabezas, y unirse las manos en son de júbilo y aplausos.

Los gitanos, de indolente naturaleza y pasiones salvajes, aparecen luego ante

nuestros ojos como figuras arrancadas de bajo-relieves atenienses, y les vemos pasear por la feria entre revueltos grupos de jumentos, dejando caer la cháchara de los labios y oculta la mitad del cuerpo con la faja. Los romances de Franquelo, en que las escenas nómadas son representadas con toda animación, parecen haber quedado desiertos de personajes para acudir á la renombrada feria sevillana.

Acá y allá fingimos cuadros de género cuya luz haría desesperar al pincel de Claudio de Lorena. La buenaventura dicha al mozo boquirrubio que desea ver descifrado el fin de sus amores; la fiesta donde se desarrolla una tragedia, cuyos intérpretes son cantadores y cuyos recitados son improvisadas coplas; las disputas sobre el trato que habrá de cerrarse y que después se *regará* con buches de aguardiente y algo de más consistencia para el paladar; los chalanes con las andaluzas patillas, que recuerdan al rey de Sierra Morena, á José María; las buñolerías con el fogón reventando lumbre, y el pabellón de lienzo lleno de lazos y de bandas; caleseros, jinetes, ganaderos, vendedores de

flores cuyo pregón es un canto napolitano, se revuelven y confunden dentro de nuestra imaginación, y todo gira en torno de la brillante caña de manzanilla, en la cual ríe el rayo de sol como una continuación del vino delicioso.

Al pie de un cuadro de gitanos, en cuyo centro se agita una bailadora, creemos ver la firma de García Ramos; debajo de un busto con mantilla, el nombre de Fortuny; al lado del espléndido jaez de un caballo, el nombre de Velázquez; junto á los pomposos arreos del aparejo jerezano, el nombre de Meissonier; entre los hierros de un balcón lleno de flores, los nombres de Clemente, Ruiz, ó Coris, y sumido en la sombra de un crucero de iglesia, por donde pasan vibrando las notas del *Miserere,* el nombre de Mattoni.

Pintores, escenas, perfiles de mujeres hermosas, rayos de luz enredados á las macetas como se enredan los hilos de las arañas en los rosales; calles en escorzo donde ondean las colgaduras de claveles; cancelas que encierran las fuentes de los patios donde el surtidor entona su árabe canción de espumas y de perlas; rejas cu-

biertas de campanillas; azoteas, huertas, naranjos, todo va dibujándose en el vagón á manera de un loco sueño conforme adelantamos en la marcha, y quisiéramos salvar de un solo vuelo la distancia que nos separa de la ciudad donde tuvo sus primeros lances y pendencias el resuelto y enamorado *Don Juan*.

Después que este tropel de imágenes pasa por nuestra mente y el sueño ha cerrado durante largo tiempo nuestros ojos, despertamos á la luz del día y vemos los lujosos campos cordobeses manchados de idilios pastoriles, en torno de los cuales proyectan su sombra los olivos, y los álamos balancean sus ramas que parecen repetir los versos de Góngora y Lucano.

El tren pasa, pasa, dejando atrás los puentes apoyados de ribera á ribera sobre el agua; los paisajes tendidos á los lados donde las hileras de árboles se precipitan unas tras otras como las líneas de ejército en batalla; los granados pintados de rojo que muestran las abrasadas hojas de sus flores como encendidos labios de mujeres; las orlas de cañas que el viento mueve y despereza, y la inmensa paleta del campo,

donde Abril, el más colorista de los poetas, derrama sus mágicos tubos y colores.

Sevilla aparece por fin al lado de su río, plácido y claro como el Cefiso, y eleva las puntas de sus torres al cielo; se divisan los pueblos recostados á orillas del Guadalquivir bordeados de hileras de naranjos; salen á la vista los desbordamientos de follaje de los corrales; la Giralda enseña en su alta cimera un chispeo de sol como el de una piedra preciosa de su diadema; descúbrese el puente de hierro como obra de cíclopes alzada sobre el río; vese ondular el mar extenso de los trigos que viene á estrellar su rompiente en la ribera, y percibe el oído el estruendo formidable de la capital que parece el tumultuoso romper de las olas en los peñascos.

El tren contrae sus músculos de hierro; suenan los timbres y campanas de la estación; nos saludan numerosos amigos que salen á recibirnos, y entrando la serie de vagones bajo la cubierta, suena con golpes repetidos y broncos la última estrofa de la marcha.

Al poner el pie en la ciudad, veo lo primero, sobre el fondo sonriente de un bal-

cón lleno de flores, de esos que parecen estar pintados por Clemente, atravesar trazando en el aire cien curvas y ángulos por minuto, una viva y acelerada *riña* de mariposas.

EL DOMINGO DE RAMOS

EL DOMINGO DE RAMOS

El *Domingo de Ramos* abre con la de las palmas las solemnes procesiones de Semana Santa. Dentro de la catedral gótica sostenida por laberinto de palmeras bajo cuyas naves los lienzos de los pintores reciben la luz cernida de las ojivas, la muchedumbre va á presenciar la fórmula sagrada y á gozar con las maravillas que la arquitectura dejó derramadas en los muros.

En los altares, candelabros llenos de finas labores se elevan como plantas metálicas sobre los ricos paños y los misales, que muestran con sus registros las páginas que ha de cantar el sacerdote en las graves ceremonias de la Pasión; en el órgano luce abierta la hoja de música cuyas notas alzarán el vuelo en tristes lamenta-

ciones como bandadas de negras mariposas; de los muros cuelgan las galas que la Iglesia viste por Jesucristo y que se anticipan á los cantos de entusiasmo por la entrada en Jerusalén. El templo todo relumbra con los más inusitados esplendores, y en su aspecto y en el ambiente de grandeza de su recinto, se adivinan las sacras ceremonias que habrán de celebrarse en los solemnes días de Semana Santa.

La procesión de las palmas circula bajo las naves con el lento paso de las ceremonias de iglesia. La capa pluvial del sacerdote parece una página del poema sacro escrita con rayos de sol. Los celebrantes de los triunfos del Señor llevan en alto las elegantes ramas de palmera, que se doblan é inclinan en temblorosos arcos de oro. La muchedumbre sigue á la procesión á través de la iglesia; la acompaña por el atrio de la catedral, da la vuelta alrededor del edificio, y párase con el sacerdote ante cerrada puerta, donde el oficiante golpea con los brazos de la cruz entonando cantos profundos que suenan como lejanas mareas en el templo.

Abrese éste, dejando paso á la apiñada

multitud; repican las campanas en señal de triunfo por la gloriosa entrada en Jerusalén; dispérsase la gente en todas direcciones ó se acomoda á oir los Santos Oficios, y pasa la primera fiesta que inaugura los hechos dolorosos de la Pasión.

Después de la ceremonia, recobran las calles su aspecto delicioso. Las jóvenes conducen trozos de palma en las manos; las familias vuelven á su hogar, sintiendo el cansancio del bullicio y bañadas de un resplandor religioso; los muchachos róbanse en precipitadas carreras las hojas de palmas para hacer con ellas castillos y primores, y la población toda siente el bienestar de conciencia del que acaba de tomar, limpio de pecado, la comunión.

Algún cálido efluvio de primavera entra por los balcones anunciando la alegría con que también toman parte los campos en la fiesta. Los lirios y las rosas esparcen su perfume en las habitaciones de las casas, llenas de la luz sin mancha de Sevilla, y agrupan sus hojas en elegantes búcaros de Triana. Las horas de la tarde pasan con iniciaciones de bochornos y pausas parecidas á las de la siesta.

Por algún árabe balcón al que se agarra naciente enredadera, se descubre á lo lejos el río tendido en elegante zig-zag entre los limoneros, y parece, visto en gentilísimo escorzo, una bruñida y gigantesca *zeta* de plata.....

EL MISERERE

EL MISERERE

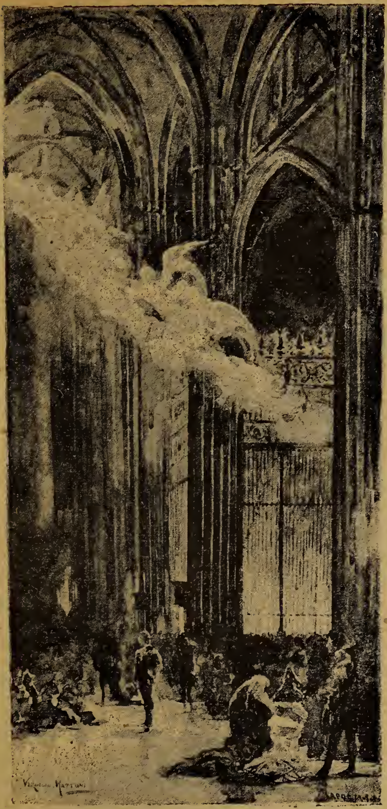
No sé cómo fué, pero ello es que me hallé en una de las capillas de la catedral, donde pronto debía darse comienzo al celebrado *Miserere* de Eslava.

Las luces opacas que de columna en columna tendían sus reflejos hacia los altares, entraban como espadas temblorosas á través de la verja de la capilla, y se perdían, lamiendo los muros, en las tinieblas, dejando vagorosos reflejos en los aires.

Una sèrie de figuras humanas oía entre la sombra con religioso silencio, al lado mío, los cantos de la ceremonia, y bajo las naves del templo resbalaba una apiñada muchedumbre, levantando, al rozar los pies sobre el pavimento, un rumor parecido al crujir y restregar de la seda.

Había ya resonado el *Incipit lamentatio* de Jeremías, y aun temblaban bajo los arcos las vibraciones de las voces; el salmo *Salvum me fac Deus,* había igualmente expirado en aquel ambiente de religiosidad y recogimiento; también pasaron las lamentaciones, á cuyo final repiten los acentos: *¡Jerusalén, Jerusalén, conviértete á tu Dios!,* frase que rueda de uno en otro muro en gigantesca onda sonora que llena de armonías el templo; lanzadas por los salmistas y cantores, habían sonado después las sagradas antífonas al principio y al final de cada salmo, y asimismo había sido entonado por las voces el cántico de Zacarías, ó *Benedictus;* todo parecía haber dejado en el ambiente un sublime rastro de divina poesía, y todo incitaba á preparar el ánimo para el grandioso *Miserere,* en cuya solemne instrumentación parece que toman parte vírgenes y ángeles; estruendo de formidables cataratas y arrullos de claros manantiales; ensordecedor estampido de tempestades terribles, y susurros de abejas y de palomas cuando vagan por las florestas y los rosales.

Á punto de las nueve, cuando ya acos-



EL MISERERE

POR VIRGILIO MATTONI

tumbrado el oído á las voces del canto llano mi vista volaba del órgano inmenso á la alta nave, el *Miserere* dió comienzo con toda majestad, y llegó dulcemente por los oídos al corazón sacudiendo sus fibras de la abstracción en que se hallaban.

¡Miserere mei, Domine, secundum magnam misericordiam tuam!—resonó poco á poco en la catedral, acompañado de la voz cantante, que se perdía entre el estruendo de la música y el bosque de palmeras que el arte había sabido formar de la piedra.

Mientras corría la voz por las escalas, ya sonaba la orquesta grave y profunda como misa de *Requiem* que entonaran en sus criptas los severos reyes muertos; ya vibraba con las voces de las altas octavas, llenando de claridad la armonía, como si cayese una inundación de luz sobre las notas; ya entremezclaba sones graves y agudos donde á la vez parecían oirse idilios de pastores y estruendoso correr de caballos; ya, por último, quedaba la armonía suspensa de una nota, como de un hilo de oro, y moría en un *filado* sonido, cada vez más lejano, como cáliz de aérea flor que se cierra.

La gente, entretanto, resbalaba rumorosa é inquieta por el lado de los altares y por el centro de las naves buscando puesto donde refugiarse; entre el clamor de los violines percibíase el silbado rumor de los pasos sobre las losas como un chicheo dulce y misterioso de cosas que se llamaban para contarse historias y secretos.

El obscuro calado de las mantillas proyectando su sombra sobre los rostros; las rojas colgaduras suspensas de las columnas y de los muros como grandes cortinas de oro; el rutilar de los reflejos sobre la pedrería de las arañas y sobre los cristales de las lámparas; la danza de claridad y de tinieblas en los ángulos y bajo las bóvedas; la noche imponente suspensa en las alturas como fúnebre crespón tejido de alas negras; los rezos; las plegarias; el golpe dado no se sabe dónde que llena sonoramente las naves y se pierde á lo lejos como eco de un mundo desconocido, todo hacía mayor el misterio de la ceremonia y todo contribuía á la severa majestad de la iglesia.

El segundo versículo rodó desde las alturas del coro y la orquesta agitó sus arcos y sonó sus instrumentos lo mismo que

si fuese llegada la hora del día del juicio. No era ilusión; entre el diluvio de sonidos se derrumbaba con terrible estrépito el inflamado Sinaí, que desgajaba su corona de tempestades, en tanto que tras las últimas vibraciones atravesaba como una bandada de ángeles por los aires agitando sus alas inmensas que tropezaban en las bruñidas lámparas y en las largas trompetas de los órganos.

El versículo expiraba; expiraba entre una sucesión de notas que se abrían como rosas y se plegaban como desfallecidas alas hasta extinguirse en los débiles pliegues del aire.

Después era entonado otro versículo; luego otro en el que parecía palpitar todo el dolor humano, y, por último, acabó el *Miserere* con una altísima nota, llena y vibrante, que durante un minuto estuvo rodando por las naves.

La gente abandonó el recinto lenta y espaciosamente; los sacerdotes cruzaron sobre las losas en direcciones distintas; la iglesia quedó completamente desierta, y sonaron las pesadas llaves en las cerraduras, cerrándose á poco las hojas.

LA PROCESIÓN DEL SILENCIO

LA PROCESIÓN DEL SILENCIO

Después que hubo pasado el *Miserere* me vi solo en un ángulo del templo, y acometióme un profundo letargo.

El monaguillo debió pasar junto á la capilla donde me encontraba, sonando las corpulentas llaves de la iglesia en señal de que iban á apagarse las luces postreras; pero, ó mi sueño tenía efectos de narcótico, ó me habia invadido un desmayo de los que á veces me privan del sentido.

Lo positivo es que sentí como si volviera á la realidad, no siendo sino un fenómeno del sueño, y parecióme que volvía de éste á la hora en que, debilitada la lámpara que pendía de un largo cable, brillaba con luz confusa y medrosa.

Los pájaros siniestros, esos pájaros que ven con la misma facilidad en las tinieblas

que los buzos en el fondo del mar, y que se aprovechan de las horas de la noche para beber el aceite de las lámparas, sacudir con el ala el polvo de los vidrios, rozar el crucero con el lomo pasando una y cien veces bajo los arcos, y asomarse á las ojivas para despeñar su canto de muerte sobre el laberinto de agujas del edificio, paseaban por las negras alturas de la iglesia y dejaban brillar como ascuas errantes sus ojos abiertos en la sombra.

Aun vagaba en el espacio algo de lo que queda después de haber desaparecido de un lugar una muchedumbre. Ráfagas de perfumes no extinguidos; ecos debilísimos que parecen vibrar en el espacio; susurros de rezos que traen al oído como zumbar de abejas lejanas; movimientos del aire, cual si los produjera algún ser invisible; algo *humano* que se respira y en el medroso silencio *se ama,* indicaban que no hacía mucho tiempo debía haberme quedado solo dentro de la iglesia.

La neurosis agranda de una manera gigantesca la imaginación cuando de pronto nos hallamos en un lugar imponente é indefensos contra los delirios de la razón:

ésta cae al punto derribada al choque violento de la fantasía.

Ya me había persuadido de que no era posible escapar, cuando tras la verja rematada por hierros puntiagudos que inexpugnable y dura me encerraba, alcancé á descubrir una larga hilera de luces, allá en el extremo de la nave, así como las que anteceden á una procesión: de la masa compacta de sombra, de la espesa tiniebla que llenaba de una noche eterna el recinto, surgió un fantástico nazareno, vestido de luenga y blanca túnica, con el largo capirote en la cabeza, en el cuerpo el tosco cinturón que sujetaba los pliegues de la vestidura, y en la mano el llameante cirio que lloraba sus calientes lágrimas sobre el suelo. Avanzaba, avanzaba sin levantar el más leve ruido, sin que crujiera una vez sola la túnica que lo convertía en proyección vivísima de luna.

Tras éste apareció otro, vestido de modo semejante y con el encendido cirio entre las manos. Los dos rompían la marcha de la imponente cofradía que yo debía de mirar, no desde la capilla del templo, sino desde las calles, llenas de animación, á la

hora en que se entreabren las hojas de las ventanas y asoman las desveladas cabezas que aguardan el paso de las apariciones.

Las dos filas avanzaban arrastrando las larguísimas colas con el mismo silencio de la luz que sube y trepa por las laderas. Los pliegues flotantes barrían el suelo y desvanecían las lágrimas desprendidas de los cirios, y otras caían nuevamente al paso de cada fantasma, con débil acompañamiento de suspiros.

Era una procesión nunca vista aquella que presenciaba. Echaba de menos en ella, á uno y otro lado, los alegres balcones sevillanos cubiertos de brillantes velos de flores; no oía el rumor de verbena de las calles; no escuchaba los términos del pueblo, como en otras veces, confundirse con el canto religioso de las saetas, ni era, en fin, aquella procesión la que yo vi desde las calles en noches hermosas de primavera.

Toda esta animación y alegría las sustituían en mi espejismo los callados santos metidos en sus hornacinas de piedra; los obispos muertos que crujián en silencio sus huesos y se arrodillaban sobre la tapa

inmóvil de los sepulcros; las jerarquías de serafines que desperezaban las alas y volaban de las repisas al pavimento; las falanges de espíritus que abrían los larguísimos vuelos y rozaban los muros de las naves; vírgenes, reyes, profetas, patriarcas, todo animábase al paso silencioso de los fantasmas y rompía el reposo eterno de la postura.

El aire inundóse de impalpables átomos de polvo, de ese polvo recostado durante siglos en las grecas fantásticas de los doseles, en los anchos y formidables bordes de las puertas, sobre los frisos donde el artífice dibujó sus encajes y labores, y en esos elevados sitios de las catedrales donde nunca llegan las miradas.

Los pájaros nocturnos lanzaban en las altas bóvedas su chirrido y parecían dejar en el aire un rastro de más espesa sombra con sus alas. Sus ojos, abiertos en las tinieblas, componían un extraño baile de fuegos fatuos.

De pronto apareció bajo el crucero la figura de Cristo crucificado, pálido, yerto, cuajadas en su desfallecido rostro las lágrimas, y extendidos los brazos como para

encerrar en un universal abrazo al mundo.

La orquesta preludiaba tras él, pero ni un solo sonido arrancaban los arcos de los violines: pisaban los dedos las cuerdas graduando los tonos que habrían de surgir al artístico roce de las cerdas, pero el efecto era mudo é inútilmente trazaba la mano el movimiento.

También abrían las bocas los cantores pronunciando la solemne letra latina; pero la voz quedábase helada en la garganta, y en el aire no vibraba la más leve nota que rasgara el silencio de la iglesia.

Pasó ante mí el Cristo bañado en tristes resplandores, severo, pavoroso, impasible, produciendo profunda fatiga los labios de aquellos cantores sin poder producir la voz ni los sonidos, y el cuadro cuyas figuras veía pasar á través de un tupido velo, como si tuviera los oídos metidos bajo el agua.

Ya no podía contener tantas emociones; luché, grité dentro de mí, agité en el aire los brazos con la pesadez que deja un sueño siniestro....., y el sacudimiento de una mano que vino á apoyarse en mi hombro desvaneció mi horrible pesadilla.

Al abrir los ojos me hallé en el balcón de una calle, donde, después de largo rato de haber oído el *Miserere,* me quedé dormido esperando el silencioso paso de la cofradía. La idea de que estaba lleno mi cerebro me había hecho formar el espejismo.

La procesión verdadera avanzaba en aquel momento precedida de sus cincuenta nazarenos, que mostraban los llameantes cirios en las manos y que eran iguales á los de mi sueño.

El Cristo se aproximaba severo, imponente, con resplandores de muerte sobre el rostro y los brazos generosamente abiertos para dar en todo momento el abrazo demandado por el hombre.

....

Las túnicas resbalaban en silencio; restallaban las mechas con el crujido de mariposas que se abrazaban; no sonaban ni gritos, ni voces, ni campanillas, y no había signo alguno que marcara los tiempos de la marcha.

Pasó con el silencio de una nube por el fondo de un lago la procesión, y al mirar por última vez el escorzo de los balcones que mostraban en los muros largas pro-

yecciones de sombra, vi elevarse la *media luna* con las puntas señalando á la tierra de entre las negras copas de los naranjos; subió luego lenta y pausada sobre la Giralda, y la torre, por un capricho raro y artístico, se la puso á modo de tricornio de plata en la cabeza.....

PADRENUESTROS Y PINCELADAS

PADRENUESTROS Y PINCELADAS

(APUNTES TOMADOS AL PASO)

Por las tapias de un viejo corral asoma un fresco penacho de verdura; la maraña de ramas y hojas cae sobre el caballete y lo cubre de un brillante velo de flores. Un ciprés obscuro, casi negro, destácase sobre el cielo azul y pone su punta al nivel de la lejana ojiva de una iglesia, donde una paloma arrulla, volviéndose de un lado para otro, y cubre instantáneamente con las alas los calados y randas de la piedra.

Saela.

«Preso entre cuatro sayones
Cruza Jesús por la calle,
Y las piedras del camino
Las va llenando de sangre.»

*
* *

Un naranjo lleno de flores deja copiar su silueta en los claros espejos del río. La noche siembra de estrellas el fondo del agua, y de luces los altos faroles del paseo. Por el cauce avanza un barco de anchas velas, que visto desde lejos parece que navega y se desliza por los trigos. Las sombras de sus gallardetes ondulan como largas anguilas en el fondo del agua, y más abajo del lecho del río las *estrellas* copiadas en las ondas besan y acarician las *estrellas,* copiadas también, del limonero.

Saeta.

«Con la cruz sobre los hombros
Jesús camina al Calvario,
Y va con grande fatiga
Por la cuesta caminando.»

*
* *

El Alcázar de Sevilla parece un palacio de hadas y reinas de cuentos. Por los arcos de sus ventanas que dan al jardín, se ven estatuas y rosas formando caprichosos grupos. Las paredes parecen estar hechas con finas agujas, como se hace una malla primorosa. Desde el remate al

cimiento es un maravilloso edificio bordado en seda de colores.

Saeta.

«Agobiado bajo el peso
De la cruz que le lastima,
Sobre las piedras del monte
Da la primera caída »

*
* *

Una procesión traspone la distante esquina de una calle. El grupo de figuras que llenó el balcón de punta á punta, descompone el cuadro formado por los rostros cuyos ojos estuvieron fijos en el mismo punto; los codos se levantan de los hierros, los brazos dejan de hacer cadenas á las cinturas, los cuerpos se yerguen y las manos requieren las mantillas. Á punto de perderse en la distancia la cola de la última imagen, las colgaduras del balcón absorben una de las figuras; ciérranse y ábrense de nuevo para arrebatar otra de la vista; luego absorben los contornos de otra; después de otra; y cuando todas hablan y ríen en el interior de la habitación, el encaje de la cortina interpone su velo

ante los ojos, como una ideal cancela de la fantasía.

Saeta.

«Ayudándole á llevar
El sacrosanto madero,
Detrás de Jesús divino
Marcha Simón Cirineo.»

*
* *

Por una calle llena de señorío avanza un grupo de paletos, rodeados de hijos y mujeres que se paran deslumbrados ante los escaparates. Los cogotes afeitados de los hombres y el volumen de las enaguas de las mujeres atraen la atención de la gente, que, incitada al buen humor, deja vagar por su rostro una sonrisa. Atraído un muchacho por el aspecto de un paleto, vase á él cautelosamente agachando la picaresca figura, eleva la mano en dirección de la cintura, y cogiéndole los flecos de la faja, tira de ella hasta dejarla arrastrar por el suelo. El paleto vuélvese entonces, alza la mano para castigarle, y dejando caer el brazo, da un ruidoso varazo contra el suelo.

Saeta.

«Viendo manar á raudales
La sangre de las heridas,
Llorando al pie de la cruz
Está la Virgen María.»

*
* *

Delante de una imagen lleva recogida la cola de su túnica un nazareno. Su cabeza la alarga indefinidamente el capirote que hace acabar en punta su figura. Las flotantes mangas dejan asomar lo blanco de sus manos, que resaltan vigorosamente junto á lo negro. Como un largo borrón de tinta, como un enlutado fantasma, adelanta ó se detiene esta sombra en la carrera según ordenan señales de mando ó avisos en secreto. Toda esta visión va envuelta en amplio traje de terciopelo, el cual, para hacer más incoherentes los contornos, se parte y quiebra en infinitos ángulos, que la luz viene á bordear de líneas de claridad, tan pronto blanca, tan pronto llena de visos azules.

Saeta.

«Por la calle solitaria,
Lleno de paños de luto,
Conducen á Cristo muerto
Dentro del Santo Sepulcro.»

*
* *

Como una sucesión de brillantes acuarelas, los patios adornados de jaulas y macetas se extienden á lo largo de las calles alegrando los ojos con sus flores frescas y brillantes. De la fuente, situada en el centro, surge un finísimo surtidor que, desgranándose en el aire, cae sobre la taza y pone techo de burbujas á los peces. Una mujer, cuyo perfil se ve á través de la mantilla, se balancea en una gentil mecedora, y al rumor melancólico de la fuente une el son de la copla que sale en alegres trinos de su garganta.

Saeta.

«Sola buscando á su Hijo
Va la Virgen caminando,
Y en la carrera se escucha
El suspirar de su llanto.»

*
* *

Á un mirador lleno de tiestos y plantas

bajo el cual desfila una procesión, se asoman varios muchachos, como ángeles de Murillo. En las manos muestran trozos de espejo roto que les sirven para entretener sus juegos infantiles. La reverberación producida en los cristales por el sol, la arrojan, inclinando los espejos, á las listas de sombra de la calle, donde van y vienen las manchas de claridad como mariposas de luz. Ya se para una en el papel, lleno de notas, de un músico; ya pasa otra sobre el manto de oro de una imagen; otra se abrasa y tiembla en el haz de piedras preciosas de una Virgen; la de allá vuela como relámpago sobre el mar de agitadas cabezas que llena la calle. Los niños se ríen á los mágicos efectos de la luz, y cuando las mariposas se paran en algún sitio inesperado, tócanse los muchachos unos á otros para comunicarse la emoción, y se hablan en una charla rota y alegre como los espejos.

Saeta.

«Jueves Santo murió Cristo,
Viernes Santo fué su entierro,
Sábado resucitó,
Domingo subió á los cielos.»

LAS COFRADÍAS DE MADRUGADA

LAS COFRADÍAS DE MADRUGADA

Ya se han cerrado las iglesias. La postrera ceremonia expiró entre el rumor de la muchedumbre que acudió á contemplar el monumento con su profusión de lámparas colgadas de los cuatro cuerpos, y su calvario coronado de colosales Crucifijos que van á rozar la elevada bóveda del templo.

Las últimas ráfagas de incienso, unidas á los últimos murmullos de la oración, ascendieron sin dejar rastro en los aires, semejantes á las alas de los pájaros que no dejan señal de sus plumas en el viento.

Las horas de la noche, consagradas por el hombre á la vigilia antes de entrar su espíritu en los ilógicos lances del sueño, perdiéronse una tras otra al compás de las horas de los relojes y de las largas pausas del silencio.

La ciudad, sin embargo, vela como el ojo de luz de esos atalayas enclavados en las costas que muestran al navegante su camino. Vela y se entrega á las dulces ilusiones del que aguarda, porque espera el amanecer para ver el desfile de las fantásticas procesiones de madrugada.

Por las calles donde se atraviesa, los rumores de la gente y los de las alegres reuniones dejan en los oídos ecos y voces de verbena, como si más que por sagrados días de Pasión, se atravesara por las serenas noches de estío, en que el pueblo celebra sus fiestas y las estrellas forman apiñados hormigueros en el fondo de los manantiales.

El Guadalquivir arrastra su velo de cristal, que riza en largos pliegues el perfumado aire de la primavera. La Torre del Oro, coronada de pequeñas almenas, se retrata en el agua adormecida y se sumerge en las leyendas que el tiempo ha acumulado sobre sus muros.

Entre las confusas copas de los árboles se alza á lo lejos la Cartuja; la Giralda alarga también su estrecha pirámide á los cielos.



LAS COFRADÍAS DE MADRUGADA

POR BLANCO CORIS

Sumido todo en el mayor silencio, créese oir en el más leve ruido las pisadas de algún héroe legendario que á media noche recorre las calles de la ciudad y estudia los sitios por donde ha de extender sus aventuras.

En la margen lejana donde soñó para sus restos suntuoso sepulcro de mármoles el delicado poeta de las rimas, fingen los ojos la danza de sátiros y ondinas que á media noche levantan apagado rumor de las arboledas.

Todas las diabólicas visiones nocturnas salen á recorrer las ruinas y los senderos, y la población abre los amorosos labios á la risa como bacante echada sobre el lecho de flores de la primavera.

Al fin, la claridad del alba bordea los contornos del cielo é ilumina tímida y temblorosa la ciudad.

Por el fondo de la desierta calle, que á la primera señal de procesión llena de gente sus balcones, avanza la sosegada cofradía con sus largas hileras de llamas brotando de los cirios, sus líneas de enmascarados nazarenos, sus Pasos, donde las mechas encendidas fingen á los pies de la

Virgen una matutina alfombra de puntos de oro, su música grave y destemplada que anuncia el dolor y la soledad, y su grupo de cantores, que ya ensalzan como los himnos de los poetas, ya lloran con las tristes lamentaciones de Jeremías.

Sobre un figurado Monte Calvario, rodeado de flores, donde las luces arden encerradas en los guardabrisas, se eleva la imagen del Señor con la corona de espinas en las sienes. Adelanta bajo la cruz, pálido, triste, ungido el rostro por la claridad de muerte del alba, en los ojos mostrando la grave pesadumbre del dolor, en la actitud la resignación, y en su aspecto de humildad el pesar hondo y verdadero.

La hermosa creación de Montañés avanza, avanza como visión ideada por la mente; ya está más cerca su figura que mueve á la fascinación; ya pasa por delante de la ventana; ya vuelve la encorvada espalda rendida bajo el madero. La luz en tanto sube y baja por las cadenas metálicas que le adornan, y derrama en el oro de su túnica pétalos y rayos brilladores.

Luego avanzan con lento paso los nazarenos envueltos en sus negros trajes de

visiones, la cabeza ceñida por el largo capirote, los cordones rodeados á la cintura y las flotantes colas echadas por el suelo. Dijérase que los extraños seres acompañan las fiestas de un Dios desconocido y celebran sus ritos y costumbres aprovechando las horas de sueño de la ciudad.

En el fondo de las dos negras hileras brilla á lo lejos, en medio de una viva constelación, el Paso del Descendimiento, con sus escaleras sostenidas en la cruz sobre las cuales desclavan las sacrosantas manos los sayones, el cuerpo del Redentor cayendo sobre blancos cendales que tienden á sus pies figuras evangélicas, y los ramos de flores haciendo centinela en las andas como representando en las fiestas la primavera.

Al son de los sagrados versículos que entonan los cantores pasa el artístico grupo con la escena dolorosa de la Pasión.

Después vienen nuevas filas de nazarenos con los amarillentos cirios en la mano, las colas recogidas del suelo y el andar lento y grave, como conviene al majestuoso cuadro de historia.

Las saetas rompen el silencio con sus

ecos donde parece ir grabada la triste pesadumbre de María.

Detrás de los nazarenos asoman los Pasos de otras cofradías, todos cubiertos por un montón de oro y resplandores; síguenles iguales fantasmas envueltos en sus túnicas con los cirios llameantes en las manos y el largo capirote á la cabeza; y cuando han pasado en deslumbradora confusión que embota los sentidos las procesiones de todas las iglesias, el último Paso aparece en el fondo de la calle, representando la honda soledad de la Virgen, la cual se envuelve en negro manto, cruza las manos en actitud de profundo dolor y recorre las calles de la ciudad siguiendo las huellas de su Hijo.

El día, en tanto, alumbra en los rosales las gotas de rocío y despierta á los pájaros en las arboledas.

La gente que contempla desde los balcones el paso de las imágenes muestra los ojos hundidos en las órbitas como cadáveres que se hubieran animado por el galvanismo. Los cuerpos están macilentos, los párpados pesan como adornados de pestañas de hierro, y las manos se visten

de amarillenta suciedad, cogida no se sabe cómo durante la noche.

El día alumbra con extraordinario brío la campiña y se remueve de placer al contacto de la vida; pero el espíritu busca su ley de gravedad en el sueño, y la carne flácida pide reposo y bienestar.

El último Paso se aleja por la espaciosa calle con el manto de la Virgen puesto de espalda, semejante á un gran borrón salpicado de dibujos y flores.

Las luces se alejan imitando á luciérnagas que andan, y pierden su vigor á medida que los rayos del día las envuelven. Los edificios salen poco á poco de la penumbra y manchan de alegre color sus trazos y relieves. En las azoteas suena agradable susurro de palomas que arrullan y se llaman con el ardiente amor de las alboradas de Abril.

Desvanecida la última imagen en la distancia y extinguidas las voces de los cantores, los balcones empiezan á cerrarse; y cuando queda desierta la calle, y el día, á todo indiferente, acaba de romper las tinieblas y desvanece los sombreados de luna, la imaginación cree que lo visto no

ha sido más que una extraña escena de sonambulismo, y que sólo ha soñado con una fantástica noche de Jueves Santo en Sevilla.

LA FERIA DE SEVILLA



LA FERIA DE SEVILLA

Al ilustre abogado D. Pedro R. de la Borbolla.

Máteme Dios con monedillas de á cinco duros si mi propósito es otro que el de hacer el libro más vivo que yo haya podido escribir, y el de que dejes, ¡oh lector!, enganchadas en sus líneas algunas de tus penas á la manera que en la orilla del río quedan sujetos los despojos que arrastra la corriente.

Y porque se vea que deseo eches una cana al aire, te convido nada menos que á la renombrada feria sevillana, donde verás desfilar toda la infinita variedad de sus tipos, los lances en que intervienen labradores y ganaderos, la serie de casillas formadas en hilera, dentro de las cuales resuena y ejecuta sus mudanzas la fiesta, y el malhadado rosario de franchutes, charlatanes, titiriteros y titirimundis que á la puerta de sus tiendas vocean y dan golpes en el parche incitando á ver la mujer que levanta quintales con el pelo, ó el hombre que engulle las tajadas de estopa ardiendo para luego arrojarlas convertidas en cinta interminable.

Á bien que para que recrees el espíritu las calles están llenas de gentes de todos los países, que dan aspecto universal á la ciudad, y la primavera, que por estar aquí más cerca del sol deslía con más bello apresuramiento las rosas, echa su deslumbrante velo á los balcones, colma de artísticos grupos de flores las macetas, deja sus arabescos en los arriates, y pone á Sevilla como altar donde ha de decirse la misa del amor.

Desde la calle de las Sierpes á la de San Fernando, un alborotado río de gente va en dirección de la feria, la cual mueve sus figuras en el hermoso prado de San Sebastián. Allí forman nunca visto desfile el inglés de aspecto impasible é inmóviles facciones; el alemán, que mira, se para, toma sus apuntes y reflexiona; el ruso, cuyos ojos chocan con la luz y la toman por bruñido esmalte de oro; el francés, que es un rápido aparato de sensaciones, y los tipos venidos de todos los puntos de España, tales como valencianos, extremeños, catalanes, aragoneses, vascongados, gallegos, asturianos y andaluces.

Toda esta variedad de tipos y razas, todo este conjunto que encierra en su seno la ciudad más original de la tierra, desemboca en la inmensa explanada y convierte en torre de Babel la bella y no distante de la Giralda.

Detrás de las casillas ábrese á uno y otro lado el enorme lienzo de terreno donde relinchan y apacientan las yeguadas, apíñanse los rebaños de ovejas prestándose calor unas á otras, gruñen y arrastran la protuberante papada los ma-

rranos, masca con desviación de uno y otro labio los manojos de hierba la pacífica yunta de bueyes, luce el caballo de paseo la airosa cola recogida en rumboso nudo y las crines llenas de ondas y de lazos, pasea el chalán patilludo, al cual le da mecidas en el chaleco el dorado columpio de la cadena, adelanta el señorito con aire á lo flamenco para echarle ojo al tronco de caballos que ya ve guiado por su mano en el elegante paseo de las Delicias, cruza con las piernas metidas en amplio pantalón de campana el farandulero gitano, con toda la prole por estela, para llegar al extremo opuesto donde habrá de poner tienda de decir la buenaventura, déjase ver un torero de moda llevando con garbo la persona y desplegando sobre sí luces y rayos, y ábrense, en fin, los universos de la gracia y rocíanse las sales en las que el pueblo andaluz moja los labios antes de lanzar su pintoresca cháchara ó modular al son de la guitarra su copla.

Quien contemplara este personal en noche de feria y cada cual en su círculo bailarse de corrido la *tana* y la *chacona*, y oyera cantar los *oles, tiranas, polos* y *serra-*

nas, todos provenientes de la caña, ó si no agregar fermatas y fermatas á la *jabera,* ó bien remecerse y engallarse en el *zapateado* dando á los movimientos quietud apacible de remanso, y viera dar en el blanco de la gracia cada y cuando que los labios dijeran «allá vamos», comprendería lo que es una delirante fiesta en Sevilla y pediría que pasaran seguidas cien veces las estrellas por el cielo para hacer interminable la noche de danza y de jolgorio.

Empero basta de kiries é introitos y penetremos en una *casilla* de la feria para poner bajo la vista un cuadro clásico sevillano, difícilmente trasladado al lienzo por los pintores.

No alumbran la casilla el humilde candil de origen moro, ni mariposas de genealogía egipcia encerradas en tazas de cristales; alúmbranla lámparas primorosas que alargan las lanzas de sus rayos hasta chocarlas en los escudos de los espejos.

Circunda el local, adornado de lazos, mecedoras y piano, una lozana mata de mozas puestas de mantillas orladas de caireles, y con flores en el peinado, que aguardan el rasguear de la vihuela, tocada

por mozo de Triana, para ser sacadas al baile y chocar en alto los crótalos al romper en el movido é ingrávido paseo.

Entre las figuras no se echa de ver la llamada Carlota, sevillana que yo me sé, capaz de hacer llorar de sentimiento, con una copla cantada á la guitarra, á los mismos Hércules de piedra que presiden la alameda.

Si ella estuviera en la casilla, la fiesta sería completa y la alegría general; pero sabido es que en el mundo nada hay completo, y todo es relativo.

Pero si no puede presentarse al lector tal y como ella es *de por sí* en el ejercicio del canto, voy á bosquejar en dos pinceladas su retrato, á ver si su rostro deja algo que desear al más exigente.

Quizás por aquello de que la belleza perfecta reside, según algunos, en la mujer de escasa estatura, Carlota es de estatura pequeña. Y porque la gracia (sin que nadie lo diga) se halla allí donde nace, es asimismo graciosa, y ¡vive Dios! que, como dijo el otro, tanta es la que posee, que un doblón, y cuenta que es lo más que yo podría tener, diera de buen grado por *describilla.*

Su mata de pelo, que es del color de las moras maduras, cae de una manera tan particular sobre su frente y hace allí la luz tales arabescos de sombras, que lo mejor, lo confieso, es mirar hacia otro lado; su nariz, ni grande ni pequeña, es de una corrección clásica; sus labios..... á propósito: Heine ha dicho de una mujer que sus labios eran semejantes á dos rimas, y yo digo con el poeta alemán, que las de Carlota son de las acabadas en *oria,* como *gloria* por ejemplo; sus mejillas son de un moreno aterciopelado que recuerda lo delicado del albaricoque; y en cuanto á los ojos, que á propósito he dejado para lo último, vistos de soslayo, que es como únicamente pueden mirarse, por mí aseguro que siempre que los miro rompo sin querer en seguidillas, y digo:

Calculo que seiscientas
  Son tus pestañas,
Cada pestaña negra
  Es una espada.
    Cuando las mueves,
Con seiscientas espadas
  Niña, me hieres.

Pero la guitarra ha acompañado mi seguidilla, y Manuela y Luisa, aprovechando el descuido, han empezado á bailar las sevillanas, danza clásica de las casillas.

Principiado el baile y rota la descripción que venía haciendo, aprovecha asimismo el tema de los ojos, Esperanza, y da incremento á la fiesta cantando con voz dulce la siguiente copla, y enviando con su garganta noramala todos los tubos de plata:

Son tus ojos tan vagos,
Que cuando miras
Dónde pones se ignora
Tus dos pupilas.
Miras de modo,
Que sin mirar á nada
Lo miras todo.

Mientras la guitarra preludia y suenan las castañuelas, canta también Tulio esta otra copla:

De tus ardientes ojos
Tras las pestañas,
Hay rayos de luz negra
Que muerte lanzan,

Cruja el incendio,
Y en él chisporrotee
Roto mi cuerpo.

Al sonar la voz del cantador van los brazos de las bailadoras por los aires formando airosos movimientos; inclínanse levemente los talles; los ojos se fijan con modestia en el suelo, y á cada una de las vueltas de las figuras, la mantilla enseña dentro de su gracioso marco un rostro lleno de frescura y de poesía.

Jorge, entusiasmado por el baile, entona también con voz borrosa esta seguidilla:

Mar adentro en tus ojos
Boga mi anhelo
Buscando en tus entrañas
Seguro puerto.
Rota mi barca,
Cielo y agua descubro,
Nunca la playa.

—¡Viva ella, viva ella!—grita dando palmadas Federico, en tanto que José le alarga una caña de manzanilla.

—Por la de Ud., serrana—dice uno.

—Que sea.

—¡Olé y olé! ¡Vamos allá!

Los cristales chocan, las copas centellean como diamantes, y Tulio vuelve á cantar:

Por traidores tus ojos
  Voy á enterrarlos,
No sabes lo que cuesta
  Niña, el mirarlos.
    Sobre su losa
He de escribir con besos:
  «Aquí reposan.»

Y añade Esperanza:

«Aquí yacen dos ojos,
  Dirá en tu nicho,
Dos ojos tan obscuros
  Como el delito.
    Tú, caminante,
Pasa pronto, no sea
  Que, muertos, maten.»

La fiesta se muestra en todo su apogeo, y la guitarra por un lado, excediéndose á sí misma en efectos brillantes y alegres, la voz del hombre que canta *abrochada*, como si dijéramos, á las cuerdas, y los pies, ya en el suelo, ya por el aire, hiriendo á compás y medida, según los cánones

del bien cernerse y llevar en el baile la persona, el esterado y limpio pavimento, componen un solo cuerpo de armonía en torno del cual caen las palmadas y palmadillas, dichos y remoquetes de la gente que arroja leña sobre el fuego y hace desfilar el estuche de cristal de la manzanilla conteniendo disueltas gotas de sol y color de trigos andaluces.

—¡Anda tú que sabes! ¡Haga Ud. encaje con esos divinos pies, salero! ¡Ay qué Dos de Mayo de gracia derrama quien la lleva! ¡Mueva Ud. ese cuerpo! ¡Quiebre Ud. ese talle!—resuena á compás que cuenta la guitarra lo que le pasa, y que la parla andaluza juega y corre como cinta de seda ó brilla como los arabescos del ascua movida por el niño en la obscuridad.

¡Quién reproducirá las sales del cuadro! ¡Quién cogerá la estela de armonía disuelta en el aire para hacerla cristal con la palabra!

El baile prosigue, la guitarra no cede en efectos brillantes á las coplas, los ojos chispean, los crótalos resuenan, va pasando la orla del vestido de la mujer por las rodillas de los circunstantes como la ola

por el borde de los peñascos, y la gente tapa con los cuerpos la boca de la casilla para admirar los miles de incidentes de la danza.

De pronto, un efecto mágico de luz hace volver el rostro á toda la feria hacia las apartadas buñolerías, y se suspenden por un momento las fiestas.

Dibujando su silueta sobre el fondo obscuro del cielo; mostrando los cinco cuerpos de su mole marcados por oscilantes rosarios de luces; bamboleando su tropel de campanas de diversos colores en cuyos cálices muévense los enormes mazos sin levantar ecos ni rumores; tocando á los cielos su *giraldillo;* parpadeando su inmenso cuerpo con millares de puntos brillantes; alta, gallarda, vagorosa, ardiendo desde el remate al cimiento con su manto de fuegos de artificio, se presenta á los ojos una Giralda construída por hábil pirotécnico, de cuya veleta surgen á modo de explosiones de lágrimas que dejan regueros de color en el aire.

Á poco, el castillo va perdiendo sus luces, la túnica se llena de desgarrones de sombra, algunos collares de chispas par-

padean aún en el esbelto cuello de la torre, cierra al cabo en la punta de un pararrayos su pupila de oro la última luz, y sonando un tronido inmenso vacila en sus cimientos y enseña el negro esqueleto el simulado y espléndido alminar.

La gente vuelve de nuevo á reanudar la fiesta en el vistoso local de las casillas, y á llenar de gotas de sol la caña primorosa.

Así se divierte el pueblo andaluz en las noches de feria, ese pueblo que refresca su sangre con el gazpacho de origen romano, y bebe el refresco de agraz, que no es sino el grato y refrigerante *hacaráz* morisco.

LAS CARRERAS DE CINTAS

LAS CARRERAS DE CINTAS

Al carrerista Tulio Estevas.

Acordaos de los garridos torneos, de las fiestas antiguas de cañas, de los denodados caballeros en plaza y de cuantas fiestas elegantes hayáis leído ó presenciado, y ved después de fijar los ojos en este cuadro si las famosas carreras de cintas sevillanas son dignas de figurar entre las fiestas clásicas de los tiempos antiguos.

El circo, no aquel que inspiró á Schiller su hermosa poesía donde un caballero baja á recoger un guante arrojado por una dama á las fieras, sino aquel en que los lidiadores, con trajes de luces y oro, formulan los donaires de la capa y muestran su extremado, valor y gallardía, está lleno de lo más florido de la juventud sevillana, que

ostenta en el semblante la alegría propia de la fiesta.

En los largos asientos de piedra escalonados hasta llegar á los antepechos; detrás de la barrera donde en las tardes de corrida se mueven matarifes y toreros; dentro de los palcos que huyen en vistosa curva hasta cerrar el círculo grandioso, se admira un cuadro de lujo y esplendor como nó puede imaginarse.

Entonando este cuadro, flores, randas, mantillas sirviendo de marco á rostros morenos, forman una revolución brillante superior en tonos y destellos á las antiguas cabalgatas egipcias, y hacen soñar con los cuadros de Goya y de Fortuny, Domingo y Carbonero.

Ya está sobre la valla el alto pescante cuyos cuatro rayos salen en direcciones distintas, y en cada ferrada arista vense ensartados los carretes en torno de los cuales se arrollan las cintas que bordaron jóvenes bellas y enriquecieron de finos primores tras la cancela andaluza al rumor monótono de la fuente y envueltas en las oleadas de rosas de Abril.

Muchas son las bandas dispuestas para

ser alcanzadas por los carreristas. Unas, á semejanza de las antiguas con que cruzaban las damas el pecho de los paladines, llevan escrito el nombre de la mujer que allí dejó el trabajo de sus manos; otras lucen grupos de flores al relieve copiadas de los fragantes huertos andaluces; éstas destacan sobre el color azul de su seda peregrina pintura encomendada á artista notable, y aquéllas ostentan lujoso fleco de oro.

Cada cinta es el hilo que ata una escena amorosa; cada nombre una banda que hay que conquistar; cada flor un escudo en que se habrá de clavar la punta de la lanza.

De pronto, en medio de un rumor prolongado que se extiende de boca en boca con indecible alegría y crece y se convierte en onda gigante, la reina de la fiesta, una hermosísima joven sevillana que descuella presidiendo entre el maravilloso grupo de otras bellas jóvenes, ordena que dé principio el torneo, y entonces un caballero montado en brioso potro negro en cuyos cascos parece estar impresa la armonía; otro empuñando las riendas de un elegante alazán que revuelve las manos hasta darse

con ellas en el pecho; otro jinete picando á esbeltísimo potro rodado que muestra en su cuerpo pintas primorosas; éste á lomos de caballo de raza que enarca con gentileza el cuello y echa el paso con majestad digna de dioses; aquél sobre blanco animal de trenzadas crines donde formaría mancha la nieve; unos recogiendo las bridas para contener la impaciencia de los caballos; otros mandando á sus bridones de raza cordobesa que piden el tren de lazos y sedas de la montura jerezana; los de aquí trazando vueltas en la pista; los de allá ajustando á ritmo la cabriola elegante de sus caballos, salen revueltos y confundidos á la plaza, ofreciendo un magnífico espectáculo, como si escaparan de una arrebatada oda de Píndaro, ó fueran los corceles ciegos en la carrera que levantan chispas de los pedernales, de que habla el incomparable autor de *Avatar*.

Pasado el primer momento, dispónense los jinetes para el *carrousel*.

Si os habéis imaginado un baile de soberbios caballos, un *rigodón* ejecutado por bestias hermosas que verificaran las más gallardas figuras, formaríais idea de lo que

son los ágiles jinetes sevillanos y de lo que es el despejo que antecede al momento de salir disparado el primer carrerista á alcanzar la primera banda.

Á una hilera de cuellos enarcados llenos de trenzas y ondas, sigue un espectáculo de curvas desplegado por las redondas culatas de los caballos; detrás de un avance de pechos amplios y robustos, bajo los que cimbrean los brazos gentiles, sigue una suprema vista de escorzos como esos que admiramos en los lienzos de Neuville, y á un profuso conjunto de perfiles en que se ve un ojo de cada animal, sucede un repentino movimiento por todas las bestias imitado.

Cada habilidad de un jinete es coronada por una atronadora salva de aplausos; cada evolución acertada alcanza premio en porción de risas amantes que desde el tendido contemplan la fiesta con deleite.

Quedan, por fin, alineados los jinetes á la derecha de la presidencia. En torno de la pista se dispone á salir el primer ágil caballero.

Este pertenece á la aristocracia sevillana; es alto, airoso, moreno, de mano dies-

tra en mandar y regir el caballo, y viste el traje propio del torneo, que consiste en bota que sube hasta la rodilla, recio pantalón de castor, levita que deja caer sobre la elegante montura los faldones, y alto sombrero que da sobria elegancia á la figura.

Separándose del grupo de jinetes y llegando al borde de la valla, suelta las bridas á la bestia, enristra la delgada *garrocha,* yergue el cuerpo apuntando á la lejana cinta que cuelga una pulgada del aparato, y el bruto, ciego de furor, parte á carrera tendida llevando sobre sí los millones de ansiosas miradas de los espectadores.

El caballo huye como relámpago por la pista, pasa bajo el fuerte pescante, y en la punta misma de la garrócha una vez que ha cruzado el jinete, ondeante, airosa, gallarda, tremolando al choque del viento que la riza y desriza con flameos gentiles, vuela la roja cinta en alto levantada.

Lanza entonces el caballero al aire la garrocha para coger al vuelo la banda; apriciónala con trémula mano, y la lleva ligero á su pecho, cruzándolo mientras va arrebatado por la bestia, y dejando caer á su

costado la profusa y espléndida lazada.

Pero aun le resta que alcanzar el ramo de flores antes de recorrer el círculo anchuroso.

El ramo está colocado en un bajo pedestal cerca del sitio por donde ha de pasar el caballo; está tan cerca del suelo, que el jinete habrá de quedar colgado de la bestia para rozar las primeras hojas del ramo. Con todo, aplica á los ijares las espuelas, desvíase, agarrado, para no caer, á la crín, echa el cuerpo completamente al aire, y después de un momento supremo, se levanta con el ramo de flores y hace entrega de él á la que por su triunfo se interesa amorosamente en el torneo.

Corrida la primera cinta, el caballero pónese en el lugar último como antes estuvo en el primero, y deja su vez al segundo jinete, que desvíase del grupo y busca del mismo modo la pista; apercibe la lanza poniéndola en alto, y apuntando á la banda distante, suelta las bridas al corcel y sale á carrera tendida.

Pasa rápido bajo el extendido brazo del pescante; levanta la mano el jinete, roza el fleco de oro de la cinta, y escápase sin

lograr alcanzarla, siendo menos afortunado que el primero.

En los tendidos palidece un rostro de mujer al ver que la suerte es adversa á su amante, y pone sobre sus mejillas á modo de nube el abierto varillaje del abanico. Pero el caballero quiere desquitarse en el ramo de flores: pica con ansia el caballo, arroja por completo el cuerpo fuera de la montura, llega al vistoso ramo, y cogiéndolo con indecible alegría, lo alza en alto y mira en los asientos salir el oculto rostro del varillaje.

Uno, dos, tres, doce, veinte jinetes van dando vueltas uno tras de otro por la plaza, y éste luce seis bandas cruzadas sobre el pecho; aquél enseña un número infinito de ellas que el caballo á cada galope hace ondular en radiante haz de lazos á su costado; aquél alcanza mayor número de ramos que de bandas, y todos muestran su arrojo y gallardía.

La presidenta, una vez contadas las cintas que alcanzó el más afortunado, otorga por su propia mano el premio, y hacen brillante retirada los caballos.

En tanto, el cuadro de mantillas, trajes,

adornos, flores y bordados, empieza á disolverse como la fuga de colores de una paleta: cada figura adelanta por el lienzo y sale lentamente del marco.

Los palcos quedan desiertos; las gradas solitarias; la plaza como si no se hubiera celebrado fiesta alguna en ella.

La muchedumbre lánzase al paseo sobre elegantes carruajes, y los jinetes en los mismos caballos, y las damas con los ramos de flores en las manos, llenan la luminosa orilla del río.

Allí, el vehículo que pasa con un grupo de bellas mujeres á las que dan aire de manolas las mantillas; el potro andaluz que atraviesa con la crin llena de lazos y la cola hecha rumboso y apretado nudo; una risa, un dicho, una promesa, ponen notas de alegría al cuadro, que no cesa de remover sus figuras hasta que las estrellas empiezan á dibujarse como ojos de ondina bajo el río.

Esta es la famosa Sevilla, digna de su renombre universal y su hermosura.

Mientras haya en tu recinto, ¡oh maravillosa ciudad!, una melodiosa guitarra que recuerde las canciones moriscas; la

arrogante figura de una bailadora parecida á un bajo-relieve; un balcón cubierto de flores; un patio detrás de una labrada cancela; el manto bordado de oro de una virgen; una alegre casilla de tu feria y una onda azul de tu río, serás el digno escenario del personaje ideado por el lord inglés, y el rico y codiciado emporio del españolismo y la poesía.

EL MANTÓN DE MANILA

EL MANTÓN DE MANILA

Á mi noble amigo D. Antonio González Ruiz.

Trataré en esta poesía ó capítulo del pañuelo de Manila, símbolo de las juergas, seguidillas, soleares y demás repertorio clásico que caracteriza al pueblo andaluz, todo lo cual cae bajo la jurisdicción casi universal de la guitarra.

Sin meterme á decir quién deja la razón ni quién la lleva entre los que le denigran y los que le defienden, discurriré un poco sobre sus flores y ondearé en el aire sus flecos, como aquel que hace valer su opinión colocando en alto la bandera.

La sola aparición de ese trozo de jardín andaluz es un triunfo completo para su defensa. Derramado sobre un cuerpo femenino, nos mostrará una mujer de flo-

res; amarrado con nudos y lazos á una bailadora, nos deslumbrará con la combinación artística de sus pliegues.

Abrir un pañuelo de Manila delante de nosotros, es lo mismo que desdoblar de repente una primavera: la viva apoteosis de color seducirá nuestros ojos y nos hará temblar de placer.

Puede tener la toca de la monja todo el misterio y toda la poesía mística imaginables y simbolizar la callada vida del claustro con sus rezos como susurros de brisas, sus fiestas de coro y sus labores de paciencia; puede la blanca mariposa que lleva parada en la cabeza la hermana de la caridad representar la piedad cristiana que vela á la cabecera del lecho de los enfermos, la fe que cae como rocío en los corazones, y la humildad, y la resignación, y el deber; puede la mantilla sevillana hacernos soñar con los limoneros llenos de flores, con los balcones como acuarelas, con las calles torcidas y el hablar roto y pintoresco; puede el pañuelo que cobijaba la cabeza de la antigua raza española personificar la virtud y la hidalguía, la mujer dedicada al hogar y á la religión, y el pen-

samiento siempre velando por el honor; pueden en la sucesión de modas de los tiempos haber desfilado todos los adornos por la bella cabeza y el gracioso cuerpo de nuestras mujeres; pero ningún atavío es tan artístico y brillante como la cabeza cubierta de flores prendidas al desgaire; los rizos cayendo en desorden sobre la frente; libres de toda manga los brazos, y el pañuelo de Manila cayendo como aluvión de flores sobre los hombros y enseñando la larga y complicada ola de flecos que se mecen y ondulan como el festón de espumas en las playas.

En la procesión *de los pañuelos de Manila*, el manto de la diosa callejera pasea el tránsito y se impone á todo cuerpo de mujer.

El barrio parece la abigarrada paleta de un artista. Mantones azules; blancos con ramos y puntos de oro; encendidos como flor de granado y fleco negro, que se arrastra en mil ondulaciones; verdes con relieves de rosa y pájaros de desplegado plumaje; de color de naranja manchado de blancas estrellas como encendido crepúsculo con luceros; blancos simplemen-

te; negros con líneas de fuego; de todos los colores y de todos los matices, se ven desfilar en original sucesión ante las ventanas, las cuales sostienen por medio de cables flotantes lámparas de papeles que habrán de encenderse en el momento de pasar, entre vivas fervientes del pueblo, la procesión.

La carreta de la fiesta del Rocío se cubre también con pañuelos de Manila, como el gabinete de elegantes colgaduras. Los bueyes, cubierta la cabeza bajo un crespón de borlas y de sedas, tiran del vehículo de plata, como los monstruos del carro fingido de los dioses. Las varas del tardo vehículo son de metal precioso; el eje es un cilindro áureo; la portada es un arco de flores bajo el cual se descubren mujeres ricamente vestidas con el adorno español de flores en el pelo. En el centro, la guitarra preludia al son de los crótalos y al rumor de las panderetas moriscas. Es la fiesta de la gracia, que pasa en originalísimo cuadro nunca imaginado.

En las *juergas* ardientes, la mujer canta con apasionados dejos su copla, y tercia al

hombro la punta del pañuelo como diestro manejador de capa, y deja á la vista la incitadora redondez del seno entre el marco de flores y bordados. La mesa que se eleva ante ella, enseña el cúmulo de cañas y botellas donde luce sus visos de oro pálido el rico *champagne* español, el vino del placer y la risa, la manzanilla.

Cuando mayor es el bullicio y el bailador va á subir á ejecutar su extraña danza sobre la mesa, ella arráncase el deslumbrante pañuelo de los hombros, lo tiende en el tablero lleno de cristales, y pasándolo á lo largo, arrolla y tira el colmo cristalino y mancha la riqueza de sedas de colores.

Pero donde mejor ostenta su esplendor el mantón de Manila es en el cuerpo ondulante de la bailadora. Arrollado en artísticos pliegues sobre la nuca que la deja á descubierto con los leves y sueltos rizos de pelo ; cruzado sobre el busto oprimido y saliente de donde arranca la garganta como columna de marfil; traídas atrás las puntas que se enlazan en la cintura y caen en manojos de hebras sobre la falda; ocultando las redondas caderas bajo dos

soberanas bandas de flecos que oscilan y retiemblan á cada movimiento de la bailadora; manchado por todas partes de ramos vistosos, pájaros brillantes, adornos y bordados, enséñase de uno y otro lado, según que la mujer gira sobre sus pies al son de la guitarra, ó se retira ó adelanta ondeando los brazos como banderas.

Con el aguacero de flecos cayendo por todos los lados de su cuerpo, corre, salta, puntea, se precipita de repente en medio de un menudo trenzado de pies entre las demás figuras, que, también envueltas en mantones, como estatuas de piedra en el ropaje, la acompañan y hacen coro con tempestad de vivas y palmadas.

La bailadora, como si nada fuese con ella, yergue sobre el soberbio busto la cabeza á modo de quien siente bajo sí rodar las miserias humanas, y ora hace estremecer de una airosa cabezada los claveles hincados en su pelo, ora deja asomar los pies en dulce movimiento bajo la falda, tan pronto cuelga la cabeza de un lado y mira al soslayo á medida que el cuerpo la va dejando atrás en su vuelta, y ya para, ya corre, ya va en casi imperceptible ro-

tación que hace estremecer todo el tren de flecos y bordados.

. . . .

Cuando haya desaparecido de la garganta española la fórmula de la malagueña, y nuestros cantares háyanse extinguido del pueblo andaluz, y los romances en que se dió forma plástica á nuestras costumbres dejen de ser aprendidos de memoria por el pueblo que recita los versos de Zorrilla, entonces desaparecerá lo único característico y nacional que tenemos; la guitarra, las coplas llenas de sentimiento, y las *juergas* vistosas, tan llenas de vida y valientes de color como las orgías antiguas, y más apreciables en la bella figura de la bailadora, ante la cual no hay creación de artista posible ni pincel que se atreva á vencerla en curvas gentiles, trazos arrogantes y aposturas de diosa.

TRAGEDIA

TRAGEDIA

Sobre el fondo negro de una fragua están colocados en rueda varios gitanos.

En el centro, una mesa sostiene las cañas de cristal, donde la manzanilla cae riendo á carcajadas.

Forman el grupo de personas un gitano recién llegado á la escena; un herrero del cual está enamorada la hija del viejo dueño de la fragua, y mozas y mozos que dan animación al rato de fiesta.

Con la misma agilidad y maestría con que repica Lorenzo los martillos en el yunque, toca á la sazón y enreda los dedos en las cuerdas, y los demás lanzan su suspiro ó entonan su copla, dejándose acompañar del tocador.

El incorporado á la escena, Pedro, á quien, por lo visto, ha caído en gracia Ra-

faela, amada de Lorenzo, refiere después de una *salida* la manera como llega al lado de aquella gente, y se expresa en esta compendiosa seguidilla:

> No soy de esta tierra,
> ni en ella nací;
> la fortuniya, roando, roando,
> me trajo hasta aquí.

Canta con toda la clásica sobriedad de los gitanos el mozo, y su voz le atrae la simpatía de los concurrentes.

Rafaela, con esa franca y espontánea afición de las naturalezas indómitas hacia lo que atrae, contesta á la presentación del cantador, diciendo con voz en la que parece que retoza y salta un remolino de mariposas:

> Al que á la tu casa
> toque para entrar,
> ábrele, no sea que tú á la su puerta
> tengas que llamar.

No debe parecer bien á Lorenzo la espontánea acogida de su amada al extraño, porque mirando de hito en hito al mozo y paseando los airados ojos de una á otra

persona, sin desconcertar el ritmo de la música y poniendo buena porción de enojo en la letra, consume el tercer turno en el canto y se expresa del siguiente modo:

Á aquel que llamare
á un pecho que adora,
como el pecho sea fiel á quien ama,
le dice: «perdona».

Rafaela devuelve golpe por golpe. Avisada por el gitano, hace una apasionada salida y enfila estos cuatro versos donde queda expresado su pensamiento:

No me tengas celos,
ni pases fatigas;
que los malos hechos los pago, gitano,
con malas partías.

La respuesta es lanzada antes de que se espere.

Es la que sigue:

Tan bueno contigo
he sío, gitana,
que de un peazo de pan que tenía
la mitá te daba.

El orgullo revuélvese en la moza.

No sólo olvida lo que debe á Lorenzo sino que trata de desprestigiarlo acusándole de faltas y traiciones.

Con voz que se pega á la guitarra, añade al proceso de la fiesta, sin dejar por eso de mostrarse aparentemente tranquila:

Dime con quién andas,
te diré quién eres:
como tú andas con malas personas,
malos jechos tienes.

Pedro añade una puntada al pespunte y entra en el roto turno, persiguiendo el fin que desea.

Dice:

Si sola te quejas,
no tengas dolor;
con el pensamiento juntos, vida mía,
estamos tú y yo.

La lengua se mueve como un cuchillo en la boca de Lorenzo. Del repertorio de coplas elige la que más hiere, y canta, recargando la intención en cada palabra:

Un día por verte,
el dinero daba;
pero ahora, si al paso te encuentro,
volveré la cara.

Rafaela permanece firme en su puesto; para expresar la inconstancia de su novio, dice, cogiendo ella la guitarra y acompañándose:

> Á la mariposa
> tu amor lo comparo:
> siempre vuela de rosa en capullo,
> de ramito en ramo.

Y el nuevo amante, procaz y buscando querella, insiste como antes en su propósito. Muy queda la voz, pero con extraordinario sentido, añade á su sarta de coplas la que sigue:

> Penas te combaten,
> penas tengo yo;
> las que siento son las que tú sufres,
> que las mías no.

Decidido á cortar por medio la cuestión, Lorenzo entona este nuevo cantar, llevándose la mano á la cintura y acariciando el puño del cuchillo:

> Cuando un hombre busca
> *camorra* y pendencia,
> como por su gusto se empeñe en hallarla,
> se sale con ella.

Y el entrometido, que desea dar en tierra con su enemigo, añade nuevo trabajo á la guitarra con esta enfurecida copla:

> Mi cuchillo guardo
> pa las ocasiones;
> devuelvo en la vía amor por fineza
> y gorpe por gorpe.

Poniéndose ambos hombres de pie mientras palidecen las caras de los circunstantes, se miran como dos encarnizados adversarios y sacan á relucir las hojas de los cuchillos.

Las cañas de cristal ruedan por el suelo; fórmase un confuso remolino en la gente al que se mezclan gritos de terror y carreras desatentadas; caen los mozos ajenos al drama sobre los enemigos para contenerles y sujetarlos; la gitana causante de la lucha interpone su cuerpo al de Pedro para defenderlo de la acometida, y el cuadro queda un instante sin movimiento. Los cuchillos tiemblan en las manos; los rostros aparecen lívidos; los pechos producen al respirar bronco resoplido de fragua, y la orla de flecos del mantón de la gitana ondula en el aire á cada movimiento.

Vuelve á romper un acceso de furor el cuadro; los gritos se reproducen más ahogados y broncos; deshácense los enemigos de los brazos que les sujetan, y, cayendo uno sobre otro, se traba una espantosa lucha. Las hojas de acero entran en la carne rasgando sin compasión; cae Pedro en tierra, inclinándose sobre él su adversario, que levanta el cuchillo para darle el último golpe; empuña entonces Rafaela, como heroína de un drama trágico, el macho de hierro que está colocado sobre el yunque; lo levanta con ambas manos, y antes de que Lorenzo haya podido dar la puñalada, se lo descarga sobre el cráneo haciéndole dar tumbos por el suelo.

DESDE LA GIRALDA

DESDE LA GIRALDA

En medio de una circunferencia de muchas leguas, tapizada de verdes sembrados y pomposas arboledas; sobresaliendo cien pies de la población que alegre y rumorosa se agita á los pies del coloso; luciendo su grandioso cuerpo de campanas que se bambolean en los enormes cepos de madera cuando el repique hace estremeecer la torre; llenos de afiligranadas labores los cuatro frentes, y alta, y gentil, y espiritual, la Giralda de Sevilla eleva la punta de su veleta hasta el palio rosado de las nubes, y destaca su enorme silueta, de tonos obscuros, en un ambiente bañado de luz ofuscadora, ungido por la fragancia de los azahares.

No tiene esta reina de piedra para llegar á su corona la escalera de torcido ca-

racol de otras alturas donde parece que flota el vértigo entre la lobreguez de los muros y los huecos que van quedando sobre los abismos: la Giralda tiende sus hermosas rampas desde el cimiento á la altura y las conduce hasta la ancha meseta de las campanas.

Desde ésta al remate, un formidable espárrago oculto á la mirada, taladra la masa de piedra y guía y conduce hasta los cincuenta pies de altura que recorre, por los cuales sólo un ágil mono sería capaz de caminar sin incertidumbres y tocar los pies de la estatua colosal que sirve de remate á la torre, en cuya cabeza chispea el último destello del sol.

Desde la meseta del *cuadro,* donde la mole se adelgaza notablemente sin perder nada de su gentileza, la ciudad ofrece á los ojos un cuadro hermosísimo.

Por uno de los frentes se destacan los campos de Tablada con sus llanuras interminables, sus vacadas paciendo en la hierba, y sus confusas lontananzas, que tienen el encanto de lo vago y lo indefinido.

Por otro lado vese el resplandeciente

zig-zag del río tendido en escorzo sobre un campo de verdura, y colocado entre las Delicias y un pintoresco barrio. La elegantísima Torre del Oro destácase al borde del río convidando con su histórico aspecto á la evocación de fantásticas leyendas.

Por otro de los frentes mírase, monstruosamente tendida ante los ojos, una masa inmensa de población, cuya monotonía rompen porción de miradores y cúpulas de iglesias; á un lado distínguese la obscura y dilatada hilera de los Caños de Carmona, que se aleja, perdiéndose entre casas y arboledas.

Por el último frente de la torre dase vista al populoso barrio de Triana, que separa de la población el decantado Guadalquivir, en el cual los buques se alzan inmóviles junto al muelle enseñando el profuso laberinto de sus mástiles. Del lado allá de la margen vese entre espesos y opulentos árboles la famosa Cartuja, con sus grandes chimeneas en forma de cono, su remate de nave de iglesia y su aspecto reposado de monasterio.

Cerca de ella echa sus tremendas co-

lumnas sobre el río el hermoso puente de hierro, donde el tren levanta al pasar el horrísono estruendo que acompaña al derrumbarse de una montaña.

La estación del ferrocarril deja ver también sus cruces, líneas y vagones, como una operación de álgebra trazada sobre la tierra.

En el frente del barrio de Triana únense y mézclanse en abigarrada armonía la graciosa azotea salpicada de flores, la ventana casi hundida sobre el río, la canal impensada saliendo de en medio de un muro, y toda la serie de incidentes que se admiran en los magistrales cuadros de García Ramos.

Alzada la vista del paisaje y encerrada después en la torre, se observa con deleite el musgo que arraiga y medra allí donde sólo van á rozar su vuelo las águilas, y donde truena y zumba el huracán como imponente tromba mientras abajo se enerva la gente entre las pausas solemnes de la siesta.

Los filos de la piedra aparecen roídos por el aire, como si el fluido invisible tuviera los terribles dientes de la pantera;

las piedras separáronse unas de otras á medida que el viento picó con su cincel la ruda argamasa con que sueldan las catedrales sus junturas.

Admira el conturbado ánimo que no se tronche la torre como delicado tallo de azucena al bramido espantoso del huracán, que hace crujir las maderas de las campanas, bamboleándolas como terribles cálices de bronce, arranca granos de piedra á los sillares, mueve con fantásticas ondulaciones los cordeles y pasa dilatando su racha en el espacio, que, abierto y ávido, lo recibe en su seno, inmutable y fijo como la torre.

El gigantesco terraplén que corona las naves de la catedral es presidido por el tremendo cíclope, á cuyas alturas no llegan, débiles en su vuelo, los vencejos á colgar sus nidos de los mechinales. El nublado de golondrinas va y viene sobre los remates de las cúpulas y en torno de los aleros y repisas de aquel monstruoso cuerpo de catedral, que tiene escamas de piedra roídas por las centurias, horrible vello de musgo repartido por la áspera epidermis, y cabellera de matas silvestres que

crecen en todos los huecos y anfractuosidades.

Cuando en una solemnidad religiosa las campanas plañen con fragores épicos, y bajo el enorme techo de la catedral el órgano derrama su catarata haciendo resonar las altas columnas como las cuerdas de un colosal instrumento, el corazón queda aterrado en aquellas alturas, con el paisaje de una espléndida ciudad por delante, un río espaciado de banda á banda sobre campo sin límites, y las armonías del órgano y de las campanas resonando como música del día del juicio por la vasta amplitud de las esferas.

El terror del ciclón en el desierto y de la galerna en el mar; la vista de las pirámides y la contemplación de un cuadro de Miguel Angel, son sólo comparables á la conmoción que se apodera del ánimo cuando desde lo alto de la Giralda se oye tronar el repique del *Sábado de Gloria,* y se percibe tras la cóncava techumbre del templo el *Gloria in excelsis Deo,* acompañado por las voces de la clerecía y los rugidos imponentes del órgano.

—«*Gloria in excelsis Deo*»—repite aterra-

do el espíritu, como si su voz saliere de un microscópico gusano, y se perdiese sin ser oída de nadie, en el concierto.

Así es de terrible la emoción. Colocado á la vista de tanta magnificencia y poseído del profundo terror que conmueve y transfigura al artista, sólo se tiene labios para alabar á Dios, porque Dios únicamente es quien destella por encima de tanta grandeza.

DESPEDIDA

DESPEDIDA

El artículo último que para este libro trace con verdadera pena mi pluma será el de despedida á la hermosa ciudad, á la original y artística Sevilla, que durante largos días, consumidos demasiado pronto en la alegría, ha sido para mí celestial Paraíso y refugio embellecido por las atenciones de la amistad.

Por mi corazón más bien que por mi cabeza, mientras he compuesto interminable monólogo acerca de lo doloroso que es conocer y amar en pocos días á nuevas gentes y personas para tener que dejarlas, ha pasado una viva constelación de nombres queridos, y de un modo insensible, mi corazón ha resbalado á la tristeza y ha hecho acudir lágrimas á mis ojos.

Mi cariño se adapta con demasiada faci-

lidad á los sitios y á las cosas; y al tener que abandonar aquello que formó mi alegría, siento cosa parecida á la que debe de sentir la tierra cuando le extraen las raíces de una planta.

Hállase en estos momentos mi cerebro como el del muchacho, ya cercano á la adolescencia, que por primera vez oye desde los muros de su aldea una lejana banda de música. Su corazón se hincha de anhelos desconocidos que no acierta á descifrar, cree oir palabras y profecías en el viento, teme y desea á un tiempo mismo aquello que pone en incomprensible vibración sus nervios, y lleno de ideas incoherentes, desborda su emoción en llanto y mira con acristalados ojos la comarca.

Al evocar en la memoria las personas que conocí, para decirles *adiós*, pinto en la imaginación sus semblantes y los miro como en los días de regocijada fiesta en que estaban cerca de mí en el paseo, en el teatro, en las excursiones, en las veladas y en todos los sitios donde me acompañaron y fueron mis inseparables compañeros.

Para ver por vez última uno de mis pai-

sajes favoritos, ¡qué tan pronto fija el corazón las cosas de su agrado!, he ido á sentarme, á la hora del crepúsculo, en el pintoresco puente de Triana, desde el cual se divisan como hermoso compendio de Sevilla, la espiritual y esbelta Giralda; la Torre del Oro, enclavada en el muelle; las de iglesias del histórico barrio que rompen los tejados y enseñan en sus cepos las campanas; la Cartuja, antes religioso monasterio; y el río, en fin, rizado por el aire en largos pliegues, que sostiene los buques anclados en el puerto.

Por la punta del puente entraban los labradores de su regreso de los campos con las bestias ceñidas de obscuros aparejos y el carro rechinante cargado de haces de trigo para el ganado. Un mendigo echaba su lisiado cuerpo en la labrada base de una farola. Abajo, sobre los rizos del agua, una barca contrastaba, con los remos, la corriente, y uno de los bordes y parte de los tripulantes desvanecíanse en el obscuro sombreado que arrojaba la embarcación sobre las aguas. Los remos caían alzando ruidos medrosos y sones de caverna que recordaban el romance de Góngora al

forzado de las playas de Marbella. Los ojos del puente agitaban sus círculos temblorosos en el líquido simulando otra imaginaria obra en el cristal. Los faroles del distante paseo encendiéronse unos tras otros, y cada cual clavó una larga lanza de luz en el río.

Luego, las campanas, con voz profética y sublime, que jamás se cansan de oir los oídos, dejaron caer en reposados sones la oración é hicieron santiguarse á las viejas y descubrirse á los sacerdotes, á quienes, sentados en una piedra, les sorprendió el toque apacible en las bellas cercanías de la población: las campanadas resonaron tristes y graves en la huerta; se confundieron con un preludio de guitarra en los jardines; desvaneciéronse como voces dadas por un fantasma en las márgenes del río, y fueron á morir al pie de una cruz de piedra situada al borde del camino, en cuya base, por medio de una sencilla inscripción, implora la muerte al caminante un *Avemaria*.

Las ranas alzaron su disonante cantinela en los charcos, y las alimañas preludiaron su canturia compuesta de diferentes sílabas.

Los murciélagos y los niños describieron círculos extraños dando melancólico carácter al crepúsculo.

La población íbase encendiendo lentamente á medida que la noche la cubría de sombras.

Por sus calles, irían combinando á aquellas horas mis amigos los planes de otras expediciones á las que yo no habría de asistir; se citarían para ir á los teatros, para frecuentar las tertulias, para dar deliciosos paseos bajo el dosel de los naranjos. Yo no entraría más en la catedral sublime á oir la misa y el órgano y á contemplar sus grandiosas columnas; no asistiría al clásico derribo de reses, en que lucen su donaire los jinetes, y los sustos regocijan vivamente los ánimos; no visitaría los monumentos, tan ricos en arte y hermosura; no me internaría en los paisajes, unido al grupo de bulliciosa caravana, ni charlaría con poetas y pintores, sacando también de los hombres graves provecho y enseñanza.

Forzoso es que diga *adiós* á cuanto me rodeó como un dorado sueño, á los sitios y á las cosas, al amor y á la alegría, al bu-

llicio de las fiestas y á los planes de los locos amigos.

Á mi cerebro, como pájaros que salen al borde del nido, se asoman profusión de nombres que anhelan abrir las alas y caer sobre el papel. Se comprimen, se revuelven, quiere cada cual coger el puesto preferente, y hechos una sola bola de cariño, caen de nuevo al fondo del nido y vuelven á asomarse por los bordes.

Á todos digo *adiós* al abandonar la hermosa ciudad, la cual soñé como flor abierta en un vaso, y la encontré más bella aún en la realidad, más llena de esplendores de talento y de generosos corazones.

Las ruedas de la máquina del tren retiemblan impacientes por arrancar; la locomotora jadea tendiendo en el aire sus flotantes velos de vapores; suena rumor de timbres y campanas y de puertas de vagones que se cierran; la amistad estrecha por última vez mi mano, las ruedas se mueven, la sierpe se desliza.....

¡Adiós!

Sevilla, Mayo, 1887.

ÍNDICE

GRANADA

SEVILLA